



\$ 135

75

BIBLIOTECA
C POLITICA
ARGENTINA

75

Carolina Muzilli

José Armagno Cosentino

José Armagno Cosentino es un autor que en 1948 obtuvo el Premio Nacional de Teatro; en 1956 un premio municipal con "Pasajeros del día y de la noche", y en 1965 otro a la producción teatral representada en esa temporada con "La Boca tiene dientes", que es la reconstrucción histórica de la elección de Alfredo L. Palacios, primer diputado socialista de América en 1904.

En esta biografía de Carolina Muzilli rescata del olvido una vida apasionada que a principios de siglo se consumió en 28 años, sacrificada principalmente en defensa de los niños y las mujeres que trabajaban. La máquina de coser, que concluyó agotando su existencia, se constituyó en la principal herramienta con la que ganaba el dinero que necesitaba para sus campañas en pro del mejoramiento de la educación, la higiene y la obtención de leyes laborales que los protegiera.

Autodidacta, luchadora, habló y escribió libros sobre el divorcio, la condición de la mujer en la sociedad, la madre trabajadora, el menor obrero y la salud de la raza. No creía en la beneficencia, sí en la capacidad de ese sector para defenderse, que es la más segura de todas las conquistas. Carolina Muzilli fue una mujer humilde, de singular belleza, y combatiente ardorosa contra la injusticia. Los males que afectaban a la sociedad se infiltraron en ella que padeció con todos los marginados, luchando hasta su último aliento, por su verdad.

Volumen simple (S)



Centro Editor de América Latina

José A. Cosentino: Carolina Muzilli



Carolina Muzilli

José Armagno
Cosentino

BIBLIOTECA
POLITICA
ARGENTINA



CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA

Dirección: Oscar Troncoso
Secretaría de redacción: Margarita B. Pontieri
Asesoramiento artístico: Oscar Díaz
Diagramación: Gustavo Valdés, Alberto Oneto,
Diego Oviedo
Coordinación y producción: Natalio Lukawecki,
Elisa Rando, Fermín E. Márquez.

ARGENTINA S.A.
Distribuidora

UNA MUCHACHA LLAMADA CAROLINA MUZILLI

Delgaducha, nerviosa, convencida de su verdad, no respetó fronteras para expresar sus ideas prohijantes de sentimientos de justicia. En una época castigada por los prejuicios, salió a la palestra acorazada con su verbo promulgante de una lucha cuyos objetivos no eran otros que estrechar las diferencias que separaban las clases sociales. Le provocaban una indignación indisoluble los repetidos suicidios de menores, hechos que sólo lograban brevísimos espacios en los diarios locales. Frecuentemente se preguntaba: ¿Qué sombras morales habrán cruzado por el alma de estos niños, que debió ser blanca, imaculada, para que adoptaran resolución tan extrema? ¿Cuáles habrán sido las torturas físicas y morales, a que se las ha sometido? Las noticias de estos renuncios encierran todo un problema que aún espera solución porque el hombre egoísta, encastillado en sus intereses, se niega a humanizar la participación de los menores en la industria; cuando ella encierra en su simbolismo toda una tragedia que los castiga en cualquier rincón del país. En todas partes constituyen una "mercancía" codiciada para los capitalistas. Pero ella no se conforma con la expresión de su protesta. Aporta la experiencia de un especialista europeo —Águiles Loria— quien afirma que sucesos como los precedentes "constituyen un llamado a los que luchan en favor de las mujeres y de los niños que marchitan y sacrifican su cuerpo en aras del capital: Signan todo lo que bien podríamos llamar suicidio de la raza". Pero aquí no concluye su campaña. Tiene un camino demasiado breve por delante. Quizá ella no lo ignora, pero procura aprovecharlo haciendo de todo y en todas partes, donde llega no sólo con su presencia, sino, también, con sus ganas de procurar cambios, de remediar males que en ocasiones le es imposible. Valiéndose de los medios aportados

© 1984 Centro Editor de América Latina S.A.
Junín 981, Buenos Aires.

Hecho el depósito de ley. Libro de edición argentina. Impreso en Agosto de 1984. Pliegos interiores: compuesto en Tipográfica del Norte S.R.L., Don Bosco 3838, Buenos Aires; Impreso y encuadernado en Ripari S.A., Juan G. Lemos 246, Buenos Aires. Distribuidores en la República Argentina: Capital Mateo, Cancellaro e Hijo, Echeverría 2469, 5° C, Buenos Aires. Interior: Distrimeco S.R.L., Avda. La Plata 2138, Capital.

ISBN 950-25 0074 1

por su imaginaria llevó su deseo de comprobación, como medio valorizante de sus denuncias fortificando la consiguiente petición de justicia mediante una legislación reparadora y castigante de las innumerables infracciones que comprobó sin que jamás la amedrantaran amenazas, ni la doblegaran ofrecimientos inferiorizantes, formulados por la "moralina ambiente". Trabajó sin descanso, cerrando los oídos a las voces exaltadoras de sus méritos que reiteradamente procuraron alertarla acerca de los riesgos que corría, dada la dolencia consumidora de su existencia. Nada le importó más que la vida de los pequeños implacablemente condenados a agutarse en pleno enero. Ninguno de los acontecimientos que en su momento conmovieron a la opinión pública tampoco le fue indiferente. Estuvo presente en todos los lugares donde se sentía exigida para la ofrenda de su voluntad de servicio. Escribió libros, fundó y sostuvo el quincenario *Tribuna Femenina*; pronunció conferencias en la que expuso temas con claridad meridiana y acento revelador de una franqueza pocas veces usada por sus contemporáneos. Aplaudida por muchos entusiastas seguidores y aviesamente ignorada por las conveniencias representativas de las minorías favorecidas por la intencionada ceguera de gobiernos promulgadores de leyes de amparo con un "desparpajo" tal, que nadie podía llamarse a equívocos: los encargados de vigilar su cumplimiento serían oportunamente aleccionados de la conducta a seguir. La orden fue —y es— no ver las infracciones. Vivió apenas veintiocho años. Estas páginas pretenden registrar parte de lo mucho que hizo en procura de la mejora existencial de los muchos indefensos del acoso de una sociedad sorda y ciega para todo lo que no redunde en beneficio del sector poblacional que reiteradamente invoca a la patria para acrecentar su bienestar. Esta muchacha se llamó, se llama Carolina Muzilli. — J. A. C.

I

HACERES DE UNA LUCHADORA

Esta historia comienza así...

En 1889 el Congreso Socialista, reunido en la capital de Francia —París— resuelve fundar la Segunda Internacional y fijar la fecha del 1° de Mayo como Día Internacional del Trabajo. En nuestro país se respira un "airecillo" presagiente de horas nada gratas para la gente que vivía prendida a los negociados que la prensa denunciaba con grandes titulares dando los nombres de algunos defraudadores de la fe del pueblo. De un pueblo que había comenzado a salir a las calles rompiendo cristales, saqueando comercios en un intento por hacer oír su protesta a los "sordos" que, apoltronados en la Casa Rosada, resolvían los negocios del Estado sin demostrar interés alguno por el pensar y el bolsillo de los demás. Fortunas levantadas de un día para el otro caían como caen los castillos formados por naipes vulnerables al más leve soplo del viento "colado" por las hendijas de los ventanales de las salas de los directorios de las empresas, organizadas especialmente para fomento de la "colonización" de tierras, que estaban aguardando la mano capacitada del hombre para convertirla en sementeras. El auge de los juegos de azar dimensiona la esperanza por paliar el malestar provocado por una situación que, por momentos, acentuaba la incertidumbre general. Un cronista dijo: "La vida de los bonaerenses es, de día y de noche, en la plaza, en la Bolsa o en los clubes, una inacabable partida azarosa. Se juega con loco desenfreno tanto en Palermo como en Flores; en Belgrano como en Barracas; en el Círculo de Armas igual que en el del Progreso; en los garitos populares con concurrencia de gente de alpargatas, camisa de bombasí y pañuelo al cuello que en los elegán-

tes, frecuentados por señores de bastón, levita y corbata "plastrón". Es la capital de la República Argentina toda una vasta mesa de juego. Abundan los suicidios pese a que nadie habla todavía de la inminencia de un fin del mundo, que los menos optimistas pronostican para la entrada del nuevo siglo. Sin embargo, también se producen hechos capaces de inspirar la certeza de que, pese a estos nubarrones, el país sigue andando y anda con los ojos puestos en el futuro. Uno de ellos lo es la organización de la clase obrera tras las banderas de la Federación Obrera Regional Argentina, órgano de lucha de los militantes anarquistas que, en gran número, rodeaban sus estandartes rojos y negros. No están solos, ya que también actúa la Unión General de Trabajadores, inspirada por los socialistas, cuyo poderío fue acentuándose hasta llegar a dominar, en 1912, el campo gremial. Conviene acotar que con la ley Sáenz Peña se hicieron efectivas ciertas leyes que convirtieron en realidad muchas de las esperanzas alentadas por la masa desde incontables años. Pero esto no era todo, ya que había otros sucedidos como, por ejemplo, el abandono del Circo Arena por la familia de los Podestá, para seguir representando el Juan Moreira de Eduardo Gutiérrez en "Picaderos" y teatros del interior, ante concursos, en ocasiones, tan numerosos como entusiastas. Desde hacía poco menos que cuatro lustros se habían incorporado al tránsito ciudadano los tranvías a caballo que aturdirían al vecindario con el sonido de los cascabales, sumando al de la trompeta del postillón la corneta del conductor inaguantable para quienes veían en ellas una segura quiebra de la pausa exigida por la fatiga del "no hacer nada" que hacía irrenunciable el interludio de la siesta.

En una modesta casa...

Un día de ese año, en una modesta casa compuesta por dos habitaciones cuyas puertas de acceso se abrían a un patio enladrillado, festoneado sus laterales con macetas con malvones desafiantes al calor del sol, se respiraba un aire que la emoción ambiente lo hacía particularmente distintivo. Se esperaba con indisimulada nerviosidad la concreción de un acontecimiento gestado nueve meses atrás. La entrada de una señora regordeta portando la identificadora valija de cuero negro, signó la inmediatez del acontecimiento.

Al día siguiente don Cayetano denunciaba el nacimiento de una niña, hija del matrimonio que constituía con doña Victoria. La recién nacida se llamaría Carolina. Años después, inquirida por uno de los periodistas

que la reportearon, acerca del porqué de ese nombre, la interpelada respondió:

—Nunca lo averigüé, pero estoy segura de satisfacer su curiosidad sin temor a equívocos. Mi casa era muy humilde, tanto que el advenimiento de una hija mujer no podía inspirar mayor entusiasmo. Por esta razón, que tiene su raíz en las necesidades económicas ya que aun trabajando, nuestro aporte sigue siendo muy inferior al de los varones, papá debió dejar la solución de los problemas traídos por el alumbramiento a mamá y a las tías. Como todas ellas lloraban con las desventuras vividas con singular estoicismo por las heroínas de las historias contadas por Carolina Invernizio... ¿qué le parece mi deducción?"

Desde pequeña...

Desde pequeña Carolina dio mucho trabajo en su casa. Gustaba jugar a las bolitas y al trompo con los varones, cosa inaudita entonces. Las cosas no concluían con unas bolitas de vidrio o trompo de más o menos —ya que todo era simplemente cuestión de suerte—, sino que los epílogos de los partidos desencadenaban en riñas, remate obligado de los encuentros ya que las "trampas" no estaban ausentes del juego y, en ocasiones, el cambio de golpes producía desgarrones en las ropas cuando no la intervención del hermano Francisco para procurar imponer un poco de orden valiéndose de su mayoría de edad. La amistad de Carolina, empero, era más estrecha con su hermano José, aun cuando jamás logró su adhesión para estos "entreveros". Era muy niño aún, pero ya se sentía mimado por las musas, lo que lo convertía en un indiferente a todas las cuestiones vinculadas con la vida diaria, pese a que ellas eran comunes en el entorno.

En el colegio, pasados los primeros meses, es decir vencida la natural sorpresa que generalmente provocan los cambios, Carolina comenzó a hacer de las suyas. Acreedora a las penitencias señaladas por sus actos calificados como de inconducta, frecuentemente era condenada a "plantones" que se prolongaban durante horas en que la alumna estaba impedida de participar de las lecciones.

La directora, extrañada por la reiteración de estos castigos, se interesó ante la maestra:

—¿Qué pasa con la Muzilli?

—Es incorregible. No parece hermana de las otras. Tan "seriecitas" ellas. Ninguna me dio trabajo... Fíjese que en ocasiones miraba sus asientos para cer-

ciorarme si efectivamente estaban en clase. Pero ésta, Carolina, es una verdadera "piel de Judas".

—¿No exagera, señorita? Vea que todos los Muzilli se han distinguido por su inteligencia y deseos de aprender.

—Esta también, pero la conducta, señora, la conducta... Había pensado hablarle...

—¿Para?

—Llamar al padre, quizá podría ayudarnos. Es un hombre trabajador, de muy buena voluntad e interesado por sus hijos.

—Puede intentarlo. Ojalá le resulte este arbitrio en el que yo no creo mucho. Generalmente no tiene éxito la delegación de funciones pero, quizá, pueda resolver en algo esta situación que a mí me está resultando enojosa.

La directora se disponía a alejarse cuando se resolvió a interrogar a Carolina que seguía con la mirada fija en uno de los rincones del salón. Cuando estuvo junto a ella, hizo que se diera vuelta y ya frente a frente le preguntó:

—¿Por qué te empeñas en interrumpir el desarrollo de la clase? ¿No quieres aprender?

—Sí, que quiero.

—Sin embargo hablás y hablás.

—Charlo porque no me interesan las cosas que dice la maestra.

—¿Nada más que por eso?

—Nada más.

—Bueno, ahora irás a tu banco pero con la condición de atender, ¿me oyes? ¡De atender! Mañana vendrás con tu padre.

—Papá trabaja. ¿Mamá no sería lo mismo?

—Bien, que venga a verme.

Al día siguiente compareció en la dirección Carolina arrastrada casi por la autora de sus días. Informada ésta del motivo de la citación y molesta hasta el punto de no poder disimular el disgusto, confesó:

—No puedo con ella. Tiene un carácter que ni que fuera varón. Hasta ahora he callado muchas de sus travesuras para no mortificar al pobre Cayetano. Viene cansado de la obra y si uno no le ahorra dolores de cabeza no sé adónde iremos a parar...

A unas palabras siguieron otras, pero ninguna pudo arrancarle la promesa de que atendería las lecciones. No había leído todavía "Un enemigo del pueblo" de Ibsen, pero la total indiferencia de sus compañeras inspirada por su comportamiento, parecía hacerla más fuerte, más empeñada en resistir. Mucho más sabiendo que no contaba con aval alguno. Para la unanimidad la se-

ñorita tenía toda la razón del mundo, pensarán como pensarán los familiares y amigos de la casa.

Sin embargo Carolina no pudo ser castigada nuevamente. Informada del caso la señora Mercedes Gauna del Maltagliata intervino para defender la entereza de una niña que, pese a sus pocos años, sabía no sólo pensar sino también expresar de frente sus ideas.

Deseando evitar un nuevo llamado a los padres, se esforzó por convencer a la directora que era mejor no darle "alas" al asunto prometiendo hablar con la rebelde de amiga a amiga. Tenía la seguridad que todo concluiría bien y sin violencias. La señora de Maltagliata era ya una conspicua militante del anarquismo, colaboradora de Julio R. Barcos, a quien secundaba en la obra de la "Liga Racionalista". Posteriormente, cuando los acontecimientos emergentes de la Revolución Rusa dividió a los seguidores de "La Protesta", ella pasó a ocupar un puesto en "El Trabajo", diario fundado por el autor de "Educación sexual de la mujer" en apoyo a la nueva Rusia que surgía como una esperanza con capacidad sustanciadora de los sueños de cambios estructurales de un mundo que vivía los colapsos de una guerra sin precedentes.

Explicando estos hechos, nuestra protagonista le manifestó a Félix Lima que, desde muy pequeña, se sintió solidaria con los débiles.

Diez años y ya opina de política

Carolina tenía apenas diez años cuando el mundo entero se sintió conmovido por el atentado de un joven ácrata contra un rey de un país de la Europa mediterránea. Las opiniones no estaban divididas pues la totalidad de sus compañeras hicieron causa común con la maestra que criticó acervamente esa clase de atentados que hacían mercederos a sus protagonistas a ser castigados con todo el rigor de la ley para evitar su proliferación. De lo contrario la humanidad se vería sumida en un caos de proyecciones imprevisibles. La actitud huraña, desaprensiva de la disidente no pasó inadvertida, tanto que su maestra le preguntó:

—¿No te "sentís" bien, Carolina?

—Claro que sí, señorita —contestó al momento la aludida con una voz que dejaba traslucir un dejo de ironía irritante.

—Vos que sos tan charlatana, esta vez...

—Estoy en total desacuerdo con usted y con lo que han dicho todas las que opinaron. Creo que no han llegado al fondo de la cuestión.

Irritada la maestra, la interrumpió:

—¿Qué tontería estás diciendo? No sos más que una mocosa insolente. Ahora mismo tomarás tus cosas y te irás a la dirección.

Acaté el orden, indiferente a la sorpresa de mis condiscípulas que, seguramente, no podían explicarse las razones que me impulsaban a obrar de una manera distinta a la común. Todas sabían del volumen de mi protesta ante cualquier acto considerado injusto —había sido testigo de muchos— comprometiendo mi solidaridad. Actuaba, recién ahora lo comprendo, como una convencida anarquista y sólo tenía diez años. La verdad que fue así sólo por sentimiento. El relato de la incidencia que se ha escuchado me puso una vez más frente a toda la clase que tomó partido junto a la maestra ponderante de la víctima que, además de vivir una existencia regalada, se había comportado con tanta desaprensión que no dudó en condecorar a uno de sus generales que, al frente de un pelotón, ordenó friamente el asesinato de un centenar de huelguistas. El vengador era un joven estudiante de unos veinte años que los ofrendaba generosamente, para reivindicar la muerte de quienes habían cometido el incalificable delito de cruzarse de brazos hasta el momento que los patrones se dispusieran a escuchar sus reclamos.

En la vida misma

Félix Lima sigue dialogando sin, seguramente, superar la sorpresa provocada por las afirmaciones de la joven pero, deseando saber más, se atrevió a preguntarle en qué manantial había abrevado las ideas que propalaba con fervor para él desconocido en la mujer argentina. La respuesta no se hizo esperar:

—En la vida misma. Desde pequeña sentí un dolor inmenso ante la explotación inhumana a que son sometidos los menores imposibilitados de concurrir a la escuela por la acuciante necesidad de contribuir con algo a cubrir las necesidades del hogar. Seguramente era el paisaje de mi casa, el que veía reproducido en cientos, en miles de lugares de esta ciudad demasiado extensa para ser generosa y cordial.

Después de una pausa, continuó:

—Ya mayor, en la Escuela Normal del Profesorado de Lenguas Vivas, compartí el aula con las niñas ricas, desinteresadas todas ellas por aprender ya que sólo buscaban distraer el aburrimiento de no tener nada que hacer. Con ellas tuve más de un "encontronazo", casi todos por la repulsa, esta es la palabra, repulsa, que uná-

nimemente sentían por una manera de ser que se les antojaba totalmente incomprensible, de manera que constituyeron un apretado círculo sin ofrecerme ninguna posibilidad para que pudiese penetrar en él. El profesor Badaro me pidió la confección de una conferencia en italiano. Elegí el tema "La caridad", entendiendo que ya que me estaba vedado el diálogo, tenía la obligación de exponer mi pensamiento acerca de algo que ellas usaban para engañar, creyendo o simulando creer, que algo hacían para mitigar el dolor ajeno. Casi todas —por no decir todas ya que no es simpático hablar de unanimidades, estando tan en boga el adagio de que "no hay regla sin excepción"— pertenecían a hogares donde nada faltaba —¡con decirle que la mayoría venía al colegio en auto manejado por choferes uniformados!—. Léí mi trabajo ante una expectativa hostil que, empero, no alcanzó a alterar mi sistema nervioso. Fue de figurarse la recepción ante afirmaciones tan simples como que la generalidad entendía que la caridad era una manera de hacer bien a los necesitados. Yo, en cambio, sostenía que era una industria creada por los poderosos para, so pretexto de la limosna, someter la dignidad de los pobres. En el recreo recibí el homenaje de ser insultada "elegantemente", eso sí, por estas "hijas de mamá" ensobrecidas por llevar el apellido de ministros y "padres de la patria", como llamamos no se por qué a los malos políticos que como si les faltara algo más de lo que tienen; reciben, a cambio de su obsecuencia, el regalo de una banca de senador o diputado. El clima de hostilidad hacia mí se acentuaba por momentos haciendo imprescindible el encontrar el respaldo de alguien con autoridad para poner las cosas en su lugar. Ese ser, tan espléndido como comprensivo, fue la profesora Mary Jav, a quien acudí sabiendo que pertenecía a la "Liga contra la trata de blancas". Ella me escuchó atentamente, casi con alegría. No me lo dijo pero lo leí en sus ojos. Le aseguré que lo que me interesaba sólo era estudiar y aprender para ser distinta. Me tomó del brazo, paseándome por el patio, entre los cientos de condiscípulas a tiempo que me decía:

—No hay razón para que te amilanes. Mucho antes que vos hubo innumerables chicas que padecieron contrariedades como las que te preocupan. Debes persistir. Estas, como todas las escuelas del Estado, no son sólo para los mimados de la fortuna. Pero eso sí, debes tener presente que aquí no se viene sólo a adquirir conocimientos sino, también, a valerse de ellos para pensar.

Me despidió con una última recomendación:

—Ahora, tranquilízate, nada malo te pasará.

Se incorpora al socialismo

—¿Le interesa saber la razón de mi incorporación al socialismo? Ya le hablaré de ello, pero antes debe permitirme otra recuerdo de aquellos años. Un día, poco antes de la hora de la salida irrumpió en el aula una celadora quien, después de pedir permiso para interrumpir la clase, se acercó hasta mi banco para decirme en voz apenas audible, que me llamaban en la dirección. Grande fue mi sorpresa cuando se me anunció que había sido designada para pronunciar el discurso de recepción al gran maestro Guillermo Ferrero y señora, los que dos días después visitarían el colegio clausurando un mes de estadía en el país donde habían pronunciado conferencias y formulado declaraciones en la mayoría de los diarios, todo lo cual los ubicaba en el orden de los huéspedes ilustres que frecuentemente venían a Buenos Aires. Con entusiasmo me puse a la tarea alentada por la promesa —cumplida esta vez— de que no iba a ser sometida a censura previa. Ante la presencia de las autoridades del Ministerio, del colegio, de centenares de invitados especiales y la totalidad del alumnado, leí mi trabajo en castellano primero, en italiano después. Desde el primer momento tuve la sensación de que mi triunfo había sido completo, impresionabilidad ratificada por los homenajeados quienes, sin esperar que cesara la ovación rubricante de mis palabras, se acercaron para besarme y felicitarme a la vez que me invitaron a una recepción que, retribuyendo atenciones, ofrecerían en el Royal Hotel, donde se hospedaban. Fiesta a la que, por los motivos que es fácil deducir —total carencia de ropa adecuada para una reunión de esa categoría— no me fue posible asistir.

Félix Lima recordó a su entrevistada su pregunta acerca de la incorporación a la actividad desplegada por las mujeres socialistas y esta fue su respuesta:

—Asistía frecuentemente a las conferencias de la señora Graciela L. de Conti. Mi costumbre de anotar en una libreta de mano los párrafos más conceptuosos, debió llamarle la atención pues al finalizar una de sus disertaciones en la sala del Augusteo, me hizo señas para que no me retirara. La esperé hasta verla liberada del asedio de quienes la rodeaban para felicitarla o comentar las ideas expresadas en la tribuna. Entonces corrí a su encuentro. Pensaba decirle un montón de cosas pero no pude vencer la emoción que me producía el poder hablar de igual a igual con un ser agigantado por la admiración despertada por su regia personalidad. Luego de algunos balbuceos pude preguntarle acerca de cómo debía hacer para afiliarme al Partido

Socialista. La respuesta fue tan espontánea como clarificadora: Leer la prensa y los libros socialistas para que, una vez conocida la doctrina de la agrupación y realizado un examen de conciencia, concretar la adhesión al Centro Socialista Obrero que a la sazón funcionaba en el subsuelo del Teatro de la Victoria, sito en la esquina de Victoria y San José, también sede de la agrupación femenina*. Era muy niña, tenía apenas dieciocho años, cuando escribí solicitando mi inclusión en el fichero de afiliados y grande fue el júbilo provocado por la nota suscripta por Susana Clerk aceptándome. Pero esto no fue todo, ya que acompañada por mi padre concurrí a todas las disertaciones de Edmundo D'Amicis que, en el bello idioma del Dante, decía cosas bellísimamente bellas. No tengo empacho en afirmar que a la verba de ambos se debe, en gran parte, mi sentir socialista.

Una opinión de Gina Lombroso

Otra de las mujeres sensacionales que escuché fue a Gina Lombroso, hija de un sabio y compañera ella de un notable historiador. Confieso —continúa hablando Carolina— que no me atrevía a charlar con ella pese a que la diligencia de mi hermano José había conseguido las señas del hotel de la Paix, sito en la calle Rivadavia a pasos de Esmeralda, donde se hospedaba y esto, pese a que había recortado de "Il Roma" la reproducción fragmentaria de unas impresiones suyas publicadas en París el 15 de agosto de 1908. Estas son sus palabras:

—He conocido en Buenos Aires doctoras que practicaban la medicina, la cirugía, el arte dental, la obstetricia. Visité una escuela de masajistas y enfermeras, fundada y dirigida por una mujer y en más de una ocasión escuché discursos pronunciados por mujeres diplomadas y laureadas. Veinte mujeres estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras me ofrecieron un pergamino como recuerdo y otro centenar de inscriptas en

* Este local adquirió gran importancia en la historia del movimiento socialista, posiblemente porque su ubicación facilitaba la concurrencia masiva de afiliados, simpatizantes y curiosos. En él se conocieron los doctores Juan B. Justo y Enrique Dickmann —entonces estudiante de medicina— sellando una amistad que se prolongó hasta el fallecimiento del primero de los nombrados. La policía desalojó una madrugada la sede, sin prestar atención a los justos reclamos de los locatarios.

diversas facultades, me regalaron una medalla de oro en La Plata. Hay más: señoras ejecutaban en diversos salones en que fui recibida, piezās de música compuestas por ellas. Vi una que ostentaba una medalla de oro por acto de arrojo. Leí cuentos, poesías, obras científicas, manuales escritos por mujeres. Admiré en el Palacio del Parlamento estatuas y bajorrelieves debidos al cincel de una escultora. No me extrañará que llegue a tener antes de mucho tiempo, una posición mejor que la mujer europea colocándose en el justo medio, objeto de las aspiraciones de la humanidad”.

Orientaciones del movimiento femenino

Alentadas, seguramente, por los preparativos de los festejos proyectados para celebrar brillantemente el primer centenario de la Revolución de Mayo, comenzaron las mujeres a organizarse en un accionar representativo de sus anhelos pero, a poco andar, cayeron en la cuenta que dos puntos de vista las separaban tanto que llegaron a decretar expulsiones a todas aquellas que, pretendieron actuar en ambos nucleamientos representativos cada uno de ellos de los respectivos lineamientos. Consideraban incompatibles la participación en los dos campos de lucha, ¿qué las separaba? Unas pretendían su lucimiento personal a través de clubes cuya finalidad se justificaba en el fomento de vocaciones —preferentemente juveniles— mediante cursos fomentadores del buen gusto por las bellas artes: música, pintura, bordado, juguetería, decoración. La otra alineaba a las partidarias del sufragio y se declaraba francamente clasista.

Interrogada sobre el particular por un cronista del semanario “P.B.T.” Carolina comienza recordando una huelga de domésticas originada en 1880 como protesta por la imposición de la libreta de conchabo. Durante su desarrollo fueron muchas las despedidas, la primera de ellas una menor de quince años, de nacionalidad francesa, pretextando la empleadora haberse negado reiteradas veces a cumplir tareas ajenas a sus funciones de niñera y no aceptar rebajas de su salario mensual —doce pesos— para pagar el lavado del delantal y la cofia. Comentando este hecho, con la severidad que la caracterizaba, se expresó de esta manera:

—Yo llamo feminismo de diletantes a aquel que sólo se interesa por la preocupación y el brillo de las mujeres intelectuales... Es hora de que el feminismo deportivo deje paso al verdadero que debe encuadrarse en la lucha de clases. De lo contrario será un movimiento “eli-

tista” llamado a proteger a todas aquellas mujeres que hacen de la sumisión una renuncia a su derecho a una vida mejor. Abomino de la humildad por el simple motivo de mi apoyo a quienes exigen los bienes que les corresponden simplemente por vivir en un país donde se recita que “todos son iguales ante la ley”.

No solo el verbo

La lectura de la prensa, a la que era tan adicta Carolina Muzilli, la mantenía informada acerca de la historia que hacía el hombre día por día. Algunas de sus estancias, las positivas, reverdecían su optimismo acerca de un futuro menos injusto para los desposeídos. Pero otros, bueno, esos otros... eran menos gratos. Por ejemplo, cuando se enteró que el intendente municipal de Mendoza, aduciendo razones de economía, tenía empleados a niños de ocho a catorce años para el barrido de las calles denunció el hecho como ella sabía hacerlo. Desde las columnas de “La Vanguardia”. El gobernante resolvió ponerse a cubierto de nuevas críticas no encontrando mejor arbitrio que retirar a los aludidos de la capital cuyana. Esta resolución le hizo concebir una nota que intituló “Verba no es verbo”.

Recuerdos de un antiguo militante

Angel Ares, que a la hora de escribir estas líneas ha superado alegremente el arco de los ochenta y dos años, es un antiguo militante del socialismo al que arribó en la época de los pantalones cortos. Durante infinidad de lustros actuó en el distrito de Avellaneda enfrentando el acoso caudillista del distrito cuya ciudadanía supo reconocer su empuje insobornable en la hora de la búsqueda de remedio a las injusticias que borran la sonrisa anunciadora de alegrías amustiaadas prematuramente. Ares representó, con honesta inteligencia, los intereses del partido cada vez que fue investido de la autoridad que proporciona el ser elegido concejal. A él acudimos en busca de impresiones vivas acerca de Carolina. De inmediato se le iluminó la memoria memorando este episodio que la autora relata en un trabajo presentado a la sección Derecho del Congreso Nacional del Niño, aprobado por unanimidad, donde cuenta:

“Asisti hace varios meses, en una de las principales cristalerías de Avellaneda —la de Papini— a la fabricación de botellas. La “amabilidad” del propietario, que me permitió visitar su establecimiento, me obligó a

callar, por lo menos en ese momento, las palabras de indignación que en tropel acudían a mis labios.

“En la sección destinada a la fabricación de botellas con una temperatura elevadísima, al lado mismo de los hornos de cocimiento, he visto a decenas de niños trabajando semidesnudos —el calor y la miseria los obliga— y soplando con todas las fuerzas que sus pulmones dan. Jamás se podrán describir las muecas de estos infelices obligados a efectuar tamaña operación. ¡Tienen el cuello estirado y los carrillos deformes de repetir la acción tantas veces!

“Trabajan en este establecimiento tres centenares, distribuidos en tres turnos, pues el patrono —inteligente en cuanto se relaciona con sus intereses— no paraliza la fuerza productora de su fábrica. Pero, en cambio, la ha convertido —como todas las del ramo— en un tragadero de pobres vidas, ninguna de las cuales llegará a los veinte años”.

Resolución del X Congreso Nacional del Partido Socialista

En enero de 1912, sesionó en la Capital Federal el X Congreso Nacional del P.S. votando una ponencia del Centro Socialista Obrero que en su parte resolutive expresa:

“Que la competencia hecha por el bajo salario femenino es la principal causa de la depresión de los salarios masculinos;

“Que sin la participación activa en el movimiento de elevación de la clase obrera de este factor importante de la producción industrial, las mujeres trabajadoras, la acción del proletariado masculino se torna más dificultosa y es paralizada por la desorganización de las obreras, el Partido Socialista reconoce como deber principal:

- 1° — Organizar a la mujeres trabajadoras en ‘Sindicatos Mixtos’ en las industrias que empleen obreros de ambos sexos y en ‘Sindicatos femeninos’ donde sólo hayan empleadas mujeres;
- 2° — Promover una encuesta sobre el trabajo a domicilio y reglamentar las condiciones del mismo;
- 3° — Establecer la jornada máxima de ocho horas;
- 4° — Fijar un salario mínimo legal”.

Al tratarse esta proposición, número trece, el miembro del Comité Ejecutivo, doctor Nicolás Repetto, manifestó que era ésta una de las proposiciones más importantes presentadas al congreso haciendo moción para que se la aprobara por aclamación recomendando al comité ejecutivo atención preferente. Propuso tam-

bién un voto de aplauso para el Centro Socialista Obrero que la había formulado. Su delegado, expresó que la verdadera reorganización de los grupos juveniles no se hace con las declaraciones líricas de las feministas agrupadas en círculos de clase, ni con las manifestaciones bullangueras de las sufragistas sino con el criterio práctico y el espíritu de clase de la mujer proletaria manifestando que la proposición había sido presentada por la compañera Carolina Muzilli, afirmando que recoge el voto de aplauso en nombre de esta estudiosa y entusiasta afiliada.

Colaboradora de Manuel Gálvez

Manuel Gálvez se había revelado con “La maestra normal” un novelista de garra. Lo reconoció así con rara unanimidad la crítica y los lectores que agotaron en pocas semanas dos ediciones de tres mil ejemplares cada una, acontecimiento realmente extraordinario en tiempos en que los autores nacionales debían publicar sus obras con seudónimos, aparentando ser traducciones de escritores franceses o ingleses (ejemplo Martínez de Zuviría). Alentado seguramente por este tonificante recibimiento, el autor comenzó a pergeñar un segundo aporte. Se trataba de “Nacha Regules” para cuya confección definitiva gestionó la colaboración de Carolina Muzilli a quien había conocido en la redacción de *La Vanguardia* durante una de las frecuentes visitas motivadas por la publicación en folletín de su primer libro. Nuestra biografiada le facilitó toda clase de informaciones acerca del trato de que eran objeto las empleadas en las “grandes” tiendas porteñas. En sus memorias, publicadas en la colección “Tiempo Argentino”, Gálvez recuerda este hecho sin ahorro de elogios para la personalidad de su distinguida colaboradora.

Viejos recuerdos

Sin comentarios reproducimos de *Libertad*, diario publicado por los socialistas independientes, este suelto aparecido el 19 de abril de 1935 con el título “Carolina Muzilli, heroína malograda”, que dice:

“Era una bella tarde de otoño, un 1° de mayo. La nutrida y entusiasta manifestación socialista desfilara por el primer ensanche de la calle Santa Fe en dirección a la plaza San Martín. De pronto, a nuestro paso, en el zaguán de una vieja casita baja, lista para el derribo, apareció Carolina Muzilli acompañada de un hombre, que por la edad parecía su padre, y por el aspecto, un obrero.

"Fue un momento desgraciado, que pudo ser trágico... De entre la manifestación socialista se levantaron contra Carolina injurias soeces, calificativos vergonzosos... y hasta amenazas intolerables. (Vuelvo a decir que en aquel tiempo la disidencia de Palacios, con su Partido Socialista Argentino; estaba en el momento álgido, en la cual lo secundaban la Muzilli y otros antiguos compañeros.)

"Tres o cuatro hombres de fácil y fuerte reacción ante cualquier canallada, que íbamos entre el grupo que insultaba a la Muzilli, logramos imponernos a los cobardes en diversas formas, y, saliendo de las filas, conseguimos que el resto de la manifestación, bastante considerable, o no se percatase o se viese en la situación de ignorar el lastimoso incidente.

"Carolina Muzilli estaba en ese tiempo ya bien consumida por la enfermedad que la llevó a la tumba. Aquella salvajada, contra ella cometida por los compañeros de pocos días antes, debe haber afectado gravemente su espíritu y su corazón en cuanto a lo físico. Murió muy poco tiempo después..."

Atentado a Juan B. Justo

En 1916, año en que los argentinos celebraban el advenimiento al gobierno de la nación de un partido de indiscutible raigambre popular con Hipólito Yrigoyen en la presidencia de la nación, el doctor Juan B. Justo fue objeto de un atentado criminal en Reconquista y Tucumán. El legislador socialista se dirigía a las oficinas de "La Vanguardia" sita en la calle Reconquista cuando recibió un balazo que lo hirió de consideración. El hecho consternó a la opinión pública en general ya que en la condenación se sumaron las figuras más representativas de todos los sectores políticos, hecho demostrado por la encuesta que promocionara *Nuevos Tiempos* dirigido por Esteban Jiménez. La incansable Carolina Muzilli se hizo presente convocando a las mujeres para firmar un libro encabezado con un artículo repudiando el hecho suscripto por la promotora. Millares de firmas contiene este volumen que fue entregado en acto público y que, actualmente, está en posesión de la doctora Alicia Moreau de Justo. Este hecho constituye una demostración más del espíritu polifacético de esta luchadora que, aun con el acoso de la dolencia que minaba su organismo, sacaba fuerzas de su propia debilidad. Sobreponiéndose a la adversidad sabía estar presente en todas las ocasiones en que creía necesaria la representación del pensamiento y accionar de la mujer argentina.

II

POR LA RIQUEZA FISICA Y MENTAL DEL PUEBLO

Fueron incontables las ocasiones en que Carolina Muzilli ocupó la tribuna callejera para promover desde ella su ideario. Generalmente la escuchaban con cariño y atentamente. Sus auditorios no fueron muy numerosos, hay que tener en cuenta que su presencia en los mítines significaba un acto de valentía pues no eran escasas las interrupciones de parte de agitadores desesosos de contribuir a malograr toda expresión cívica tildada de avanzada. Ella misma contó una anécdota recogida por un reportero —no dice su nombre— que la visitara en su domicilio a propósito de "Tribuna Femenina". Este fue el sucedido: Hablaba en la esquina de un barrio desolado, Directorio y Lacarra, frente a la quinta Olivera a muy pocos metros del entonces recientemente inaugurado parque Avellaneda. Mientras denunciaba las formas precarias a que estaban condenadas a trabajar las mujeres y los menores, una señora mamá, temerosa seguramente de lo que podía suceder, se acercó al grupo de oyentes en busca de sus niños a los que tomó del brazo para devolverlos al hogar diciéndoles en alta voz, como queriendo hacerse oír:

—Vamos, que papá está por llegar. Si no los encuentran se ligarán una "zurra" mucho más si no han hecho los deberes por escuchar a una "machona" que seguramente no cree en Dios.

Algunas veces sus contribuciones oratorias fueron, entre otras, aulas universitarias, salones de ateneos, locales partidarios y sedes gremiales, oportunidades en las que desarrollaba temas que estudiaba detenidamente. En ocasiones leía, pero las más de las veces se orientaba con un enunciado de los puntos a tratar, lo que

llamaríamos hoy "ayuda memoria". Esta es una de las razones por la cual mucho material valioso no ha podido llegar hasta nuestros días. No pasó lo mismo con "Por la riqueza física y mental del pueblo", publicado en opúsculo después de su muerte en "homenaje a su capacidad de lucha". Dice en el mismo, después de un breve exordio:

"La cuestión que provoca este acto estriba en lo esencial a la vida del hombre. En efecto se trata nada menos que de su conservación y de su vivienda. 'Primero vivir, después filosofar', decían los latinos y tenían razón porque un cerebro mal alimentado en el cual no se produce la irrigación de sangre necesaria a su perfecto funcionamiento, tendrá que producir ideas precarias o enfermizas. No se trata, por supuesto, del bajo ideal de 'vivir para comer', ideal sanchesco y despreciable, sino de un alto ideal que pretende asegurar a todos los seres su perfecto desenvolvimiento orgánico para que sus ideas sean cada vez mejores. Y este ideal de perfección no puede ser sustentado en el vacío ni puede remitirse aun más allá, al reino de los cielos, sino que debe realizarse en la tierra; aquí donde el hombre trabaja y sufre. Así como el árbol que asentando fuertemente sus raíces en el suelo nutricio, eleva alta y bella la floración de su copa, queremos que los hombres sepan por una educación moral más inteligente, armonizar en el futuro sus funciones orgánicas de conservación de la vida con las funciones elevadas del intelecto, por las cuales llegan a parecerse a dioses. Esto sólo podrá alcanzarse merced a una acción metódica y continua de elevación del nivel de vida. Los religiosos, por lo tanto, como realizan un ideal negativo no pueden contribuir a esta magna tarea de desbrozar de prejuicios el camino de la existencia para que el hombre vea claro en su presente y en el horizonte de sus destinos.

Se trata precisamente de crear el "buen animal" de que tantas veces hemos hablado, sin que este término vaya a herir la susceptibilidad de muchos que, por no aceptar tal denominación, biológicamente exacta, preferían serlo defectuosos."

Después de formular algunas consideraciones acerca de la realidad argentina de principios de siglo, las mismas —o casi— de las de hoy, ya que ninguna de las falencias que preocupaban a la oradora se han corregido totalmente, agrega:

"La culpa es de los hombres y especialmente de la barbarie de los hombres que no saben administrar su propia casa. ¿No es, en realidad, inconcebible que en un territorio tan vasto y tan rico existan problemas de alimentación, vestido y vivienda? ¿No es ignominioso que la tierra de promisión soñada por tantos labriegos

en sus aldeas milenarias se conviertan al fin en una madrastra porque sus gobernantes no saben aprovechar ni administrar sus bienes? ¿No es ignominioso —repetimos— que un país de tres millones de kilómetros cuadrados tenga que atiborrar su capital de inmigrantes aptos para labrar la tierra, cuando el latifundio se extiende en la inmensidad de la pampa esperando la caricia ruda del arado y la siembra pródiga? El problema se presta a infinidad de comentarios desfavorables a la política seguida en el país, política hecha a base de ambiciones personales, pero no de ambiciones altas y respetables, sino de ambiciones subalternas y por lo tanto despreciables, que han engendrado el caudillismo, esa enfermedad social que culmina como símbolo de Facundo, gaucho malo y se prolonga hasta hoy en gente que por necesidad se ha adaptado a la ley común. No ha sido, pues, la felicidad del pueblo la preocupación de nuestra política. Las turbas, que no pueden en manera alguna ser llamadas pueblo, se guían y sirven intereses personales llegando para ello hasta su propia inmolación. Alguien dijo que la pampa ha creado al caudillo. Igualmente se podría decir que el caudillo ha creado la pampa porque sin él y, merced a una política agraria más justa, se hubiera poblado de centros de trabajo y cultura. ¿Quién, sino el caudillo es el culpable de este estado de cosas contra el cual protestan justificadamente los trabajadores?"

Más adelante cita a Sarmiento y a su Facundo poniendo énfasis al sometimiento a nuestros parias de alpagatas sucias por el uso y bombachas "cuadrillée" remendadas en las rodillas, al régimen del conchabo que califica de arma promocionante de la esclavitud la que, pese a las declaraciones que hace el gobierno, continúa aplicándose en la cosecha del azúcar en el norte; en los quebrachales de Santiago del Estero; en los algodinales de Chaco y Rormosa y en los yerbatales misioneros.

Sigue diciendo: afortunadamente hay una parte sana de pueblo que se preocupa por estas cosas que tienen atinencia directa con su felicidad y con el porvenir del país, ello significa que entraremos por una orientación política saludable, ajena a todo personalismo. Esa orientación política nueva se llama política social.

Muchos son los que han abandonado el campo de la política por el atraso en que se hallaban, pero creo que ningún ciudadano puede negarse a colaborar en esta obra de política social a que me refiero, porque ella implica el trabajo de las diversas bases de la acción manual e intelectual. En tal sentido, el médico en su laboratorio y el pensador con sus escritos, como el obrero que inventa un aparato eléctrico, colaboran de hecho en esta obra de política social. ¿No realiza una acción política,

acaso, el médico que busca la manera de combatir la tuberculosis o de impedir ciertas enfermedades profesionales?"

Finalmente concluye expresando:

"La sana corriente de opinión que demuestra el fervor de este entusiasta mitin tendrá que sostener una acción porfiada para que se fraccione la tierra y para que se reforme el sistema fiscal, anulando los privilegios y que atentan a los elementos indispensables a la vida del pueblo. El régimen de la tierra y el régimen fiscal: he ahí los dos factores que mantienen al pueblo en la miseria física, intelectual y moral.

La tierra y el fisco: he ahí los dos factores que hemos de civilizar, sacarle la barbarie en que hasta ahora los han tenido sumergidos el caudillismo y las oligarquías.

Debemos tener presente al respecto el hermoso pensamiento de Ruskin según el cual el pueblo más rico de la tierra es el que prohija mayor cantidad de seres sanos y felices.

No se trata, pues, de ser ricos en el sentido material de la palabra. Lo que necesitamos es riqueza social, riqueza de todos los argentinos y de todos los extranjeros que participen en la faena común: riqueza física, glóbulos rojos, fortaleza corporal; riqueza moral, elevación de miras, espíritu de sacrificio, ideales; riqueza espiritual, ideas sanas y vigorosas para guiar la acción que ha de ser en definitiva de todos nuestros afanes".

III

EL TRABAJO FEMENINO

Como hemos afirmado a través de las páginas de este trabajo, Carolina Muzilli fue incansable en el empeño de propagar sus ideas. Aprovechó con inteligencia todos los medios de que podía disponer, pero hizo muchas otras cosas. En su época eran casi desconocidas las estadísticas. El país vivía engrandecido con la idea de ser el productor de alimentos. No le interesaba otra cosa que los millones de cabezas de ganado que poblaban el campo y la producción también millonaria de toneladas de granos. Esta satisfacción minoritaria a nivel de pueblo, posibilitaba que los gobiernos surgidos de los clubes políticos inaccesibles para la clase productora, gobernaran de espaldas a una realidad para ellos poco menos que desconocida. Pero existir, sí que existía, habitando inmundos conventillos, trabajando jornadas extenuantes, cargando y descargando en el puerto o en insalubres "barracas", a tiempo que las mujeres debilitaban sus pulmones en las fábricas de cigarrillos o en los talleres de costura. Las "privilegiadas" —las consideramos porque se ganaban el sustento en condiciones menos deprimentes— enfermaban sus riñones obligadas a cumplir la condena de esperar de pie a la clientela de las grandes tiendas. Nuestra biografiada no ignoraba nada de lo expuesto pero entendía, también, que estos problemas —unidos al quizá más grave, el de la explotación del menor— necesitaban de un tratamiento especial para que la denuncia fuese el punto de partida de una campaña tendiente al logro de un conjunto de leyes capaz de poner coto definitivo a tanta injusticia. Posiblemente fue esta certeza la que la condujo al campo de la investigación, eligiendo el camino menos fácil: rechazo de toda información no avalada por fuentes in-

sospechables. Alfredo L. Palacios, desde el primer momento de su incorporación al Parlamento en 1904, valiéndose de un patriotismo entendido y practicado muy distintamente al de los que creían que repitiendo las tres palabras del himno "Libertad, libertad, libertad" no sólo cumplían con su conciencia, sino también con el país. Carolina fue en busca de las pruebas que fortalecieran la razón de ser de su ideario y lo hizo recorriendo todos los lugares de trabajo. Fue así como logró sorprender a la opinión pública con revelaciones que a más de uno debieron sonarle a cuentos de hadas. Destinó esta valiosa documentación a los claustros y asambleas y congresos y fueron luego difundidas por la prensa, el folleto y el libro.

A más de medio siglo de haber tomado estado público, cuesta hacerse una idea de la impresión que una prueba testimonial pudiera provocar en el ánimo de sus lectores. A estar lo que en reiteradas ocasiones afirmó su autora desventuradamente no pudo ser mucha. La mayoría de la gente parece haberla ignorado. Culpaba esta indiferencia a su falta de título universitario, impedimento que le restaba autoridad, ante quienes contaban con los medios para reparar, en parte sino totalmente, los males que mostraban los estudios dedicados a "La madre obrera", "El menor obrero", "El trabajo de la mujer y el niño", "La madre y el menor obrero" o "Alcoholismo". Sin embargo, esta postura no podía perdonar, o por lo menos no pudo ser generalizada por la totalidad, ya que *La Razón*, vespertino insospechable de izquierdismo, publicó el 13 de febrero de 1913 un resumen de "El trabajo femenino en el país", que ocupó cuatro columnas, lo que constituye una prueba del interés despertado en ciertos sectores por estos estudios. Resultaba, pues, imposible ignorarlos so pena de aparecer como desinformado, o sea tachado, de parcial.

El reconocimiento de la valorización de estos trabajos lo califica esta nota: "Buenos Aires, 26 de diciembre de 1912. Señorita Carolina Muzilli. Distinguida señorita:

El Museo Social Argentino, que se ocupa en estos momentos en reunir los materiales con que ha de concurrir a la Exposición de Gantes (Bélgica) ha resuelto destinar una sección al trabajo femenino, para lo cual solicita su cooperación. Se requiere informaciones estadísticas lo más completa posible respecto a los siguientes puntos:

Número de mujeres obreras en la Capital y en todo el país.

Fábricas en las cuales trabajan; industrias que las ocupan y en qué forma.

Salarios.

Horas de trabajo.

Leyes que reglamentan este trabajo.

Mejoras que se desearían obtener.

Y todo lo que de una u otra manera pudiera contribuir a la mejor documentación del interesante asunto de la mujer obrera en nuestro país.

Nos interesaría también, contar con una información referente a las vendedoras en las tiendas, tanto en lo bueno como en lo malo para tener una noticia completa.

No dudamos que accederá usted a nuestros pedidos, en vista del fin que nos guía, que es documentar lo más fielmente posible un asunto que a todos nos interesa. Los materiales que se reciban serán enviados a Bélgica en el mes de febrero próximo, para figurar en la sección argentina de la exposición.

Contamos con su buena voluntad e interés por la causa, hará de usted una decidida cooperadora de nuestra obra.

Saludan a usted muy atentamente (firmado) Emilio Fres, presidente; Tomás Amadeo, secretario general.

La destinataria se puso de inmediato en la tarea de cumplimentar la petición, halagada desde luego por lo que consideraba y lo era, justamente, una distinción. Para realizar el trabajo se valió de apuntes, impresiones, datos recogidos durante sus visitas investigadoras y también entrevistas en los escenarios donde se cumplían las tareas señalantes en la carta reproducida. Esta monografía apareció extractada en el *Boletín del Museo Social Argentino* y en un opúsculo donde, para explicar la parcialidad del texto que no era otro que la imposibilidad de obtener el original o copia remitida en su oportunidad a la sección Economía Social de la exposición de Gantes (Bélgica), celebrada en 1913 donde fue distinguida con diploma y medalla de plata. En ese introito se completa la noticia de esta manera:

"Este estudio de la señorita Muzilli, aparte de demostrarnos su paciente investigación y de presentarnos dignamente a la inteligente estudiosa de los fenómenos sociales, demuestra la pasión de la mujer ansiosa por contribuir a la redención del sexo femenino, para que resurja de la abyección en la que la ha arrojado el hombre, abyección moral y material, primero en la familia, luego en el taller, en el negocio, en el empleo, destruyendo su organismo y prostituyéndola siempre en toda forma".

Más adelante la autora cuenta cómo consiguió los materiales para la realización del trabajo, manifestando que su valor radica principalmente en los datos que contiene sobre jornadas y salarios: "Obtuve en las fábricas y talleres los datos pertinentes a las mujeres que trabajan en ella. Confronté salarios, horas de labor, da-

dos por la gerencia con los datos obtenidos interrogando a las obreras. Y para ser más minuciosa la labor, he visto los salarios en las libretas de pago y de ellas los he extractado. Para el trabajo a domicilio acudí, a fin de tener noticias, a los registros y roperías y los he confrontado con las informaciones recogidas en mis giras por los talleres ubicados muchos de ellos en los conventillos de la ciudad o en sus cercanías.

Más adelante aclara: "La mujer ha llevado su actividad a todas las industrias, desde las artes gráficas a la fabricación de calzados.

La jornada, en la mayor parte de las industrias, pasa de las ocho horas, alcanzando en algunas (en los lavaderos mecánicos) según los datos de la memoria en cuestión, de once y doce horas.

El salario de la mujer en las fábricas varía de cincuenta centavos por día a tres pesos, exceptuadas las linotipistas, que perciben seis pesos, no alcanzando el término medio a uno cincuenta.

El trabajo a domicilio aparece aquí, lo mismo que en todas partes como una verdadera calamidad. No existe explotación más inicua que la del sistema de hacer sudar, empleado por todas las grandes y pequeñas tiendas de la metrópoli. Véase por ejemplo:

En la mayoría de las tiendas y registros pagan corrientemente por la confección de cada blusa veinte, veinticinco, treinta y cincuenta centavos. Difícilmente una hábil operaria podrá hacer con una jornada excesiva y extenuante (de catorce a quince horas) más de cuatro blusas de las de veinte, veinticinco y treinta centavos y las de cincuenta sólo conseguirá hacer tres. Si descontamos el gasto de hilo, aguja, etc. ¿qué ganancia resta a estas pobres obreras?

Ante un panorama tan sombrío manifiesta que urge la reglamentación del trabajo a domicilio con un salario mínimo legal.

La edición de este documentado estudio fue considerado por Emilio Zuccarini en *Giornale D'Italia*, el 16 de febrero de 1913, de esta forma:

"He querido apenas esbozar el importante problema analizado con tanto amor y competencia por la señorita Muzilli para determinar en líneas generales la historia de estos estudios en la República Argentina y para demostrar que entre los progresos de los que el país puede enorgullecerse, no debemos contar para nada aquellos que tienen estrecha relación con las condiciones de los asalariados y más especialmente de las mujeres obreras o empleadas. Pero estudiaré detenidamente las cifras, estadísticas y observaciones consignadas en el trabajo de la señorita Muzilli, porque vale la pena estudiar la dolorosa cuestión que interesa al porvenir de

la raza argentina, debilitada, aniquilada y aplastada por el trabajo brutal en que ha sido sometida la mujer en Buenos Aires".

Opina *La Razón* del 11 de febrero de 1913:

"Analiza en él la señorita Muzilli, en forma minuciosa y documentaria, la situación de todos y cada uno de los gremios femeninos que desarrollan su actividad en las diversas industrias.

Es, sin duda, este capítulo el más interesante del estudio y de él surge con el conocimiento de las cifras una honda tristeza".

Por su parte, *Fray Mocho*, N° 9, expresa:

"La señorita Carolina Muzilli posee un temperamento de estudiosa y batalladora. Defiende periodística y personalmente a las mujeres y a los niños pobres. En conferencias, en diarios y en revistas, dedica toda la fuerza de su juventud y de su inteligencia a la conquista de sus nobles y valientes ideales y a fe con elocuencia".

El 16 de mayo, *Il Roma*, al acusar recibo de "El trabajo femenino" dedica al mismo una nota exaltando una labor que cumple su autora y dado que ya se había ocupado del mismo en forma extensa reproduciendo a la vez varios de sus capítulos, pormenoriza la gacetilla haciendo hincapié, a fin de que se tomen urgentemente todas las medidas necesarias para que cese una explotación tan inicua como inhumana.

El 23 de setiembre de 1916, nuevamente *Fray Mocho* se ocupa de Carolina Muzilli, en una página ilustrada con tres fotos, una de la autora junto a su biblioteca, otra de un niño de once años durmiendo en un basural pese a ganar un promedio de nueve pesos diarios vendiendo billetes de lotería* y la restante mostrando un grupo de niños. Son cuatro, uno marcado con una cruz, con los rasgos característicos de la avariosis. Todos vagan mientras la madre trabaja en una fábrica. El autor de la nota afirma que el trabajo constituye una valiosa contribución al conocimiento de los problemas sociales argentinos y presenta a su autora como un temperamento femenino que deja de interesarse por las mil futilidades que preocupan a la mujer moderna para estudiar aquellos, muchas veces ignorados, aspectos de la vida que son escarnio de la civilización.

No es éste, como podría creerse, un trabajo sentimentalista. Se estudia el problema del hacer femenino con toda la fría elocuencia de los números.

* *El Trabajo Femenino* apareció en 1916, impreso en los talleres gráficos L. J. Grosso y Cia., Belgrano 475, de esta Capital.

IV

POR LA SALUD DE LA RAZA

Suponemos que "Por la salud de la raza" no es un libro póstumo, es decir uno de esos que los herederos suelen componer recogiendo artículos, apuntes, borradores para con ellos —reunidos casi siempre sin ton ni son— componer un volumen. Una manera de explotar la memoria y la simpatía reverdecida de quienes no podrán ser ya testigos del lanzamiento. Nos atrevemos a decir lo que el lector ha leído por la indiscutible razón de que ya en "El divorcio", entre las obras que se anuncian como de eminente aparición, figura la que comentamos en este capítulo.

"Por la salud de la raza" es un volumen de doscientos veintiséis páginas impreso por "Virtus" con la colaboración de los gráficos Pablo Calderón, José Cano y Ruggiero y Antonio Polillo. El pago anticipado de los volúmenes hizo posible el enfrentamiento con éxito de los costos de la edición. Los textos están precedidos por una brevísima noticia biográfica de la autora reemplazando al prólogo de Emilio Zuccarini, anunciado por la autora en 1916. La entrega contiene una serie de artículos, la mayoría de ellos ya aparecidos en *La Vanguardia*, y en otras publicaciones de izquierda, entre los años 1910 y 1916.

"La estadística social" es el título del primer trabajo y en él se exalta la utilidad de las estadísticas a las que Carolina Muzilli fue tan afecta. Los conceptos salientes del mismo son:

"Necesario es hacer lo que llamaríamos una táctica de la historia: conocer a fondo todos los instrumentos de que nos valemos para realizarlas y adiestrarnos en su aplicación inteligente. Y ¿cómo lograrlo sin el empleo de la estadística social?

La estadística social debe llenar tres funciones: económica, antropológica y moral. La económica sería evidentemente la esencial, pues cuando es un hecho comprobado, las dos restantes están estrechamente ligadas a ella. Saber cuánto gana una familia es generalmente saberlo todo. Y debieran convencerse de esto con preferencia los legisladores, cuya función lejos de ser retórica debería fundamentarse en la estadística, única forma de ser eficaz. Es indudable que no se puede realizar obra de elevación social en las tinieblas. Es necesario conocer los factores determinantes de la degeneración de la raza.

Concluye: "¿No hay, acaso, estudiantes que quieran a sus semejantes?"

Que organicen, pues, el ejército de vida, utilizando las armas de la ciencia y la razón y con ellas bajen valientemente al campo del trabajo y el dolor, donde se amasa con sudor y sangre el porvenir humano.

Y para el que caiga en la tarea, habrá un gajo de laurel y el recuerdo de sus semejantes más gloriosos que el laurel".

Le sigue "La mujer y la guerra" en el que, entre otras noticias, comentadas con su natural precisión, expresa, con motivo de la Primera Guerra Mundial:

"La guerra actual, de la que podemos deducir profundas enseñanzas en el orden sociológico y moral, ha impuesto prácticas y procedimientos que poco antes de estallar hubieran sido consideradas como verdaderas utopías. El reconocimiento de los matrimonios no 'legalizados' por el Estado vino a consecuencia de ser aquellos más que los 'legales', al votar el Parlamento francés una suma destinada a las familias de los soldados que pelean. La socialización de las fábricas en Inglaterra se produjo para impedir el afán de lucro de los industriales privados y el estudio de la ayuda por parte del Estado en la misma Inglaterra, a las madres solteras, cuyo porcentaje se ha elevado considerablemente desde el comienzo de la lucha y se acentúa especialmente en los pueblos que alojaron soldados, se han impuesto, según se dice, porque la guerra ha hecho tales medidas necesarias y no porque sean útiles en la vida normal.

El egoísmo del varón —egoísmo innato que lo lleva a la conquista más o menos brutal de la mujer— ha sufrido con esta conflagración muchos descalabros. El hombre, so pretexto de inferioridad y de debilidad, ha pretendido alejar siempre de los diversos campos de la actividad humana a la mujer, y ha mirado hosco y desconfiado el despertar femenino, no viendo en esto el gesto noble de la elevación de la "más profunda mitad

del género humano" —según su propia expresión— sino una guerra entre uno y otro sexo.

La mujer, al invadir campos en los que hasta entonces sólo había actuado el hombre, —dijo éste— destruye y aniquila su misión específica: la maternidad. No es exacto. El, el hombre, es quien ha destruido lo que más nos cuesta y lo que más queremos en la vida: nuestros hijos, nuestros hermanos, nuestros esposos combatientes en la más espantosa hecatombe humana. En el gran laboratorio de la vida no se gestará un ser porque la juventud ha caído bajo el peso agobiante de la muerte.

La guerra, pues, ha incorporado a la mujer a todas las actividades de la vida pública en los países beligerantes y ella cumple su misión en forma meritoria. No hablemos del ejemplo admirable que nos ofrecen las mujeres de todas las clases sociales de Europa. La abnegación de la mujer, que la lleva siempre a realizar una tarea constructiva, la ha guiado hasta los hospitales de sangre o hasta las mismas líneas de fuego. Allí están unidas las aristócratas, las reinas —en sentido más elevado que el político, reinas de amor y bondad— y las mujeres del pueblo, cuyo espíritu de sacrificio jamás se desmiente; y allí están unidas las ateas, las socialistas, las creyentes y las místicas monjitas, todas solícitas, unidas por un solo y formidable vínculo de maternidad".

Del discurso pronunciado en un mitin en pro de la alimentación y del techo para los trabajadores, destacamos estos párrafos:

"Los menores contribuyen a cuanto trabajo se desarrolla en la República, comenzando por las faenas agrícolas, hasta la fabricación, tan nociva, de vidrios y botellas.

¿Veamos ahora a qué industria se dedica y en qué condiciones trabaja?

Del Censo Agropecuario de 1909 extracto las siguientes cifras referentes a los menores que trabajan en faenas del campo.

En las faenas agrícolas lo hacen 119.058 niños. Se ocupan durante el año en estas tareas 147.005 niños. Son empleados durante la época de la cosecha —tres meses— 72.053 niños.

En las explotaciones ganaderas trabajan 160.858 niños. En la época de la esquila se emplean 13.853 niños. Y se ocupan durante este tiempo en otros quehaceres 10.853 menores.

Imaginémonos cómo trabajan estos chicos sin contrato alguno y con una jornada de sol a sol."

De la conferencia pronunciada en "La Universidad Libre" sobre "Alimentación deficiente, fatiga, mal alo-

jamiento, ambiente de la fábrica" pertenecen los siguientes fragmentos:

"La fatiga contribuye grandemente a la mortalidad, a la disminución de la natalidad y a la mortalidad infantil, causas de degeneración de la raza.

Las estadísticas de los países que se preocupan de hacerlas, nos demuestran la gran influencia que tiene la fatiga sobre la menor estatura, la menor resistencia orgánica, la menor capacidad física, la inferioridad, en una palabra, de aquellos niños que han sufrido las consecuencias de las toxinas, de la fatiga, primero en sus antepasados, luego en sus padres y más tarde en ellos. Es evidente la inferioridad física y psíquica de estos niños sobre los niños de las clases acomodadas, cuyos padres y antepasados no rindieron tributo a la fatiga.

Comprobado que una jornada de trabajo excesivo agota las fuerzas del obrero en detrimento de su salud, de la especie y de la producción, los trabajadores, asesorados por los higienistas, han reclamado constantemente las ocho horas de trabajo con dos de descanso al mediodía.

Así lo han entendido muchos estados previsores y a su legislación social han incorporado una ley que establece la jornada de ocho horas".

En "La maternidad no es delito" Carolina Muzilli tiene palabras muy elogiosas para la iniciativa de la doctora Elvira Rawson de Dellepiane de concretar de una buena vez un hogar para madres que se define a sí mismo como "todo amor, toda bondad".

Dice: "El proyecto de hogar de madres, ese hogar donde hallarían seguro refugio a quienes se las acusa en el momento más santo de su vida, no puede ser menos que ser apoyado por todos los argentinos que tienen un concepto racional de la existencia y que ven en la maternidad y en la infancia el verdadero porvenir de la patria. Y así como merece apoyo este proyecto, merecen ser combatidas las inmorales casas de expósitos. Estas deben desaparecer para dar lugar a cátedras populares útiles para propaladoras de enseñanzas para afrontar las consecuencias de un acto tan grande y trascendental como lo es la maternidad.

Bienvenida sea también una ley que investigue la paternidad. Hoy todo el enorme peso del 'crimen' recae sobre la mujer, cuando bien sabemos que ellas recaen en las tentaciones a que generalmente está expuesta por su ignorancia.

No hemos adelantado absolutamente de aquellos tiempos en que se consideraba a la mujer como un vil elemento de perdición.

Con una ley que investigue la paternidad estarán de más las casas de expósitos. El hecho de nacer debe im-

plicar necesariamente el derecho a la vida. Desaparecerá, entonces, la dolorosa falange de hijos de nadie, que, para vergüenza humana, se exhibe en los escenarios a las miradas piadosas de los ricos, cuando se distribuyen los premios a la 'virtud' . . .”

Cierra el volumen el capítulo intitulado “El espíritu nuevo y el prejuicio” en el que hacen afirmaciones tan interesantes como valientes dado que la autora tuvo coraje para expresarlas en el año del Centenario de Mayo. Comienza con una lamentación. “Es evidente que entre los progresos efectivos de que puede enorgullecerse la República Argentina —dice— no es posible contar en manera alguna los que se refieren a la elevación de la mujer en general, a su acción para libertarse de los prejuicios, fanatismos y usos inveterados que la estrechan en un inflexible círculo de hierro, manteniéndola, por tanto, esclava del dogma religioso.

No nos sorprende gran cosa, pues, a pesar del dolor que ello nos causa, ver que solamente dos mujeres, contestando a la encuesta de una revista popular, se declararon partidarias de las ideas de Agustín Álvarez, ideas que, como es sabido, representan la tendencia nacional bien llamada progresista”.

El libro se cierra con otro recuerdo para Álvarez, en esta frase que le pertenece: “Una mujer inferior no puede ser la verdadera amistad de un hombre superior; y el cónyuge que no halla correspondencia en su compañera permanece solitario y está obligado a buscar fuera del hogar la hospitalidad que no halla en el propio”.

Y dice Pablo de Tarso: “No se debe permitir a la mujer que adquiera educación e instrucción; si que obedezca, sirva y calle”. Es evidentemente una aberración que la mujer prefiera esto a aquello.

¡Ella, que es la madre y la conservadora de la especie sostiene una doctrina cuyos fundadores y defensores consideran pecado su misión verdadera: la maternidad”.

V

OTRAS PUBLICACIONES

El menor obrero

El menor obrero, título del trabajo presentado a la sección Derecho del Congreso Nacional del Niño, que lo aprobó por unanimidad. En él, después de algunas consideraciones de carácter personal, dice:

“El adelanto de la técnica y el fácil manejo de las máquinas, que requieren un menor empleo de fuerza muscular, hacen que las mujeres y los niños vayan desalojando a los hombres de las fábricas y de los talleres.

Este menor despliegue de fuerza muscular, que sólo se traduce hoy en beneficios para el capital hace que se establezca una competencia ruinosa en los salarios, puesto que a las mujeres y a los niños, con un rendimiento de producción mayor en su jornada de labor, se les paga un salario en mucho inferior al de los hombres.

La desorganización completa del trabajo de las mujeres y de los niños produce en el mercado del trabajo, la depreciación de los salarios masculinos. Necesitando el capital de brazos que adquiere como mercancía y siendo aquéllos como ésta cotizables, se buscan los ofrecidos en mejores condiciones para la industria, es decir, a más bajo precio, y se emplean a las mujeres y a los niños.

El menor se halla obligado a trabajar porque las necesidades de la familia han menester de la ayuda de todos sus componentes. La máquina ha hecho que él se incorporara al ejército de asalariados, colocándolo en las mismas condiciones de labor y de horario de los hombres con el agravante de que para su capacidad física, tan distinta a la del hombre adulto, esto acarrea graves perjuicios a su salud.

La máquina acrecienta el poder económico del capital sobre los operarios entregándoles los miembros más indefensos del proletariado: las mujeres y los niños, que no sólo son incapaces de toda resistencia sino que al entrar en el mercado del trabajo contribuyen a reprimir toda tentativa de resistencia por parte de los obreros adultos.

El menor, desde que la mecánica empezó a aplicarse a la industria y aun mucho antes ha sido empleado en los más distintos trabajos, desde el más sencillo y rutinario hasta el más complicado y peligroso".

Seguidamente, Carolina Muzilli pasa revista a la situación de los menores en otros lugares del mundo destacando algunas realidades, tan sorprendentes como la ocurrida en Sicilia, Italia, entre los años 1881 a 1883 donde de los 3.672 obreros menores que trabajaban en los azufrales desde muy temprana edad, sólo 203 fueron considerados aptos para el servicio militar. Acota también la diferencia entre los que trabajan en locales cerrados con aquellos que se desempeñan al aire libre. También dedica un capítulo a la mortalidad de menores diciendo que su alto índice se produce por exceso de trabajo, señalando, entre otros datos ilustrativos, éstos:

"Desgraciadamente la estadística que se refiere a la mortalidad de menores por exceso de trabajo, también nos falta. Sin embargo, nada hay de mayor interés que conocer el estado de nuestros niños. En las poblaciones industriales de los países que tienen estadísticas al respecto, es inmensamente superior al de los niños de las clases acomodadas.

Vemos entonces que por los motivos señalados, la mortalidad infantil está mucho más desarrollada en los barrios obreros de La Boca, Barracas y San Cristóbal que en los barrios aristocráticos del norte.

Los cuadros demográficos de nuestra ciudad nos dan un porcentaje elevado de mortalidad infantil.

¿Y qué decir con lo que ocurre en el interior de la República donde el trabajo de los menores se desarrolla sin control de ninguna especie?

Veamos lo que expresa el doctor Biale Massé en el informe presentado al ministro Joaquín V. González, sobre el estado de las clases obreras en el interior, refiriéndose al trabajo de los menores en Tucumán. Después de hacer algunas consideraciones sobre las condiciones de trabajo en otro lugar, llega a conclusiones como éstas: "En Tucumán se extrema la explotación del pobre, el martirio de la mujer y la primera fuerza del niño. Los niños se acaban en flor si es que salen vivos del claustro materno".

Nos explicamos perfectamente la espantosa mortalidad infantil que ha hecho presa del tan mentado jardín

de la República. ¡Y pensar que dentro de poco se celebrará allí, con grandes fiestas, la primera centuria de la jura de nuestra independencia como Nación!

Se hablará mucho de patriotismo, se invocará con frecuencia los pliegues de la bandera azul y blanca para cubrir muchas impotencias, pero, estoy segura que ninguna sola voz de gobernante ha de elevarse, que ni una solamente ha de preocuparse en buscar la solución del problema para oponer un dique a la espantosa mortalidad infantil que azota a Tucumán".

Salteando los capítulos referidos al exceso de trabajo productor de "surmenage", horas de labor, estudia las condiciones reinantes en nuestro país de esta manera:

"Los menores se desempeñan en cuanto trabajo se desarrolla en la República comenzando por las faenas agrícolas, hasta la fabricación tan nociva de vidrios y botellas.

Veamos ahora a qué industria se dedica y en qué condiciones trabajan. Del Censo Agropecuario de 1909 extraigo las siguientes cifras que demuestran las fallencias de las normas que regulan las faenas agropecuarias que cumplen los niños.

Trabajan en las faenas agrícolas 119.058 chicos. Se ocupan durante todo el año en las faenas agrícolas 147.005 y son empleados durante las épocas de las cosechas —tres meses— 72.053.

En las explotaciones ganaderas trabajan 170.858 y en la época de la esquila se emplean 13.853 y se ocupan durante este tiempo en otros quehaceres a 10.853.

Imaginémonos cómo trabajan estos chicos sin contralor alguno y con una jornada de sol a sol.

En los yerbales de Misiones, en las comarcas correntinas, en los cañaverales tucumanos, o en cualquier rincón de la República, el niño es materia codiciable para los patrones que los emplean, con bastante lucro por cierto en sus industrias.

El doctor Biale Massé, refiriéndose a Tucumán manifiesta que vio en un taller mecánico niños que trabajan doce horas. Hablando de los operarios, dice:

—Los otros son: un niño de doce años analfabeto; dos de trece, que saben leer; uno de quince y otro de dieciséis, analfabetos, trabajan de sol a sol sin intervalo, con una hora para comer al mediodía, los domingos hasta las once ¡y ganan diez pesos por día!". Después de otros comentarios agrega: "Uno de ellos no da sino 14,7 (catorce kilogramos) a la presión y 68 a la atracción. ¿Esto es humano? ¡Ni en apariencia!".

Las conclusiones finales, después de recordar que los niños no necesitan "calidades, como las que se otorgan en algunas fechas fijadas del año, ya que deben estar bien los trescientos sesenta y cinco días para poder aspirar

a ser hombres fuertes y sanos capaces de labrar al país un porvenir fecundo, son las siguientes:

1. El Primer Congreso Nacional del Niño hace votos por que se nacionalice la ley reglamentaria del trabajo de las mujeres y de los niños y recomienda a las legislaturas provinciales la adopción de la ley 5291.

2. Considerando que se ha adoptado para el trabajo de los menores —en forma oficial— la jornada de ocho horas de acuerdo con las necesidades de los adultos:

El Primer Congreso Nacional del Niño resuelve, con el objeto de proteger la salud de los menores, pedir al Congreso Nacional la modificación de la ley 5291 estableciendo la jornada de seis horas para éstos.

3. El Primer Congreso Nacional del Niño pide que se modifique la ley 5291 en el sentido que se establezca como mínimo de edad para el trabajo los catorce años en lugar de doce.

4. El Congreso Nacional del Niño propone que la mitad del cuerpo de inspectores del Departamento Nacional de Trabajo esté compuesto por obreros, llamándose para ocupar los puestos de la otra mitad por concurso.

5. El Primer Congreso Nacional del Niño pide que se reglamente el trabajo de los menores en la vía pública.

Para que la Patria sea grande

Allá por la década del veinte, los puestos de venta de periódicos se enriquecieron con fascículos semanales unos, quincenales y mensuales otros, aparecidos y alentados, seguramente, por el extraordinario éxito que consiguió "La novela semanal", cuadernillo de treinta y dos páginas, formato bolsillo, tapa obra blanca con fotografía del autor, que jueves a jueves ofrecía un cuento extenso de escritor preferentemente nacional o extranjero radicado en el país. Visto a la distancia, habrá que reconocer que esta prensa llenó un vacío, ya que fomentó el placer por la lectura en un momento en que el público colmaba su necesidad de saber con los suplementos literarios de los diarios y las revistas con profusión de ilustraciones y economía de letras. A la citada, cabe recordar, en rápido paseo por el territorio del cementerio de los recuerdos que comúnmente llamamos memoria, a "La novela del día", "La novela femenina", "La novela elegante", "La novela ilustrada", y ya en otra línea, "La novela internacional" destinada a la difusión de prosas de los grandes autores, preferentemente españoles, franceses y rusos. Mas hubo quienes, aprovechando este despertar del amor por las bellas letras, buscó otras sendas. Leopoldo Durán intentó la aventura

de "Ediciones mínimas" que se prolongó a lo largo de varios años, pese a la calidad nada común de su contenido y no contar con publicidad. "Ediciones América" y "Tribuna Libre" compartieron este espacio, ofrendando la oportunidad de hacer conocer problemas y enfoques doctrinarios acerca de la realidad nacional con connotaciones internacionales. Pese a lo que puede imaginarse —las nombradas pudieron sortear las dificultades comunes en esta empresa lapsos prolongados— más de una superó, claro que con dificultades, la decena. En 1918 apareció "El pensamiento argentino" con "La ciudad y el campo" de Juan B. Justo, seguido de "El diablo en América", de Agustín Alvarez. La tercera entrega, ilustrada por Hodmann, "Para que la Patria sea grande" de Carolina Muzilli. La precede esta breve noticia intitulada "La colaboración de hoy": "Aún está fresco el recuerdo de Carolina Muzilli, esa mujer excepcional de clara inteligencia y férrea voluntad que dedicó su vida toda a la promoción de su ideario, un ideario, noble y grande, de mejora humana. "Para que la Patria sea grande" es uno de sus tantos estudios sociales, llenos de verdad, de enseñanzas y de justas rebeldías, escritos con la claridad, sencillez y concisión que caracteriza a su estilo, pues la joven escritora no escribió jamás para sentar fama, o hacer gala de erudición, sino para interpretar y señalar las angustias y necesidades de la clase obrera, de la cual fue sincera y adicta aliada".

Comienza su aporte la autora estudiando las causales de una "alimentación deficiente más la fatiga, el mal alojamiento y el peor ambiente". Pone especial énfasis en los impuestos sobre el valor de lo que en general se consume. Aduce que éste llega al 31 % lo que coloca al país en el tercer lugar después de Rusia y España. Estos números le inspiran la siguiente reflexión:

"Alemania, nación eminentemente proteccionista, da un promedio del 8 %; Francia, del 7 %; Inglaterra, del 5,3 %; Japón, del 7,5 % y los Estados Unidos, del 24,4 %.

Nos hallamos, pues, con un promedio de impuesto superior al de los países proteccionistas por excelencia, países donde el proteccionismo podría justificarse en virtud del desarrollo económico por ellos alcanzados.

País eminentemente productor del trigo, el nuestro ha tenido, hace poco que apelar a un recurso puramente electoral por la especulación de los que cimentan su fortuna con el dolor ajeno. Y en este mismo país, llamado por ironía el país por excelencia del ganado vacuno, la intendencia municipal de la ciudad de Buenos Aires ha tenido que apelar "al recurso de autorizar la venta de carne de caballo".

El privilegio de cómo un vampiro se prende al pueblo llevándose su sangre, mantiene libre de gravámenes, o por lo menos les atribuye un breve recargo, a los objetos de lujo y a cuanto es necesario para realzar con elegancia la holgazanería de los zánganos de la columna humana. Los objetos de lujo, generalmente oro, platería y encajes, que sirven para demostrar hasta qué punto la dulce humildad de Jesús es imitada por los que han hecho un medio de explotación del sentimiento religioso, se ven libres de gravámenes mientras que el arroz, los porotos, los tejidos de algodón, cuanto es necesario para la subsistencia de los humildes, es recargado por gabelas que pesan enormemente sobre el mismo consumo.

Las sedas, que sirven para realzar la belleza de las damas linajudas, están casi exentas de impuestos, mientras que los tejidos de algodón que sirven para el vestuario del pueblo que trabaja, tienen un 70 % de recargo por parte del fisco, el alimento, las herramientas, y en general los artículos de primera necesidad del pueblo obrero, pagan al fisco cantidades extorsivas, mientras que, como he dicho, los artículos de lujo están casi exentos de recargo, cuando no libres del todo.

El segundo capítulo está referido a la resistencia muscular puesta a prueba —afirma— por una jornada excesiva de trabajo más una mala y deficiente alimentación que provoca en el trabajador un desequilibrio orgánico conductor a la ruina física.

En el tercero, dedicado a la vivienda, se pregunta: “¿Es menester que describamos lo que constituye la vivienda denominada conventillo, donde en promiscuidad espantosa, careciendo de aire, de luz, ‘viven’ familias numerosas, en su mayoría gente que trabaja, obligada a una vida dura por la exigüidad del salario?”

Es menester que repitamos una vez más que todas las predisposiciones morbosas estallan por la forma bestial en que ‘viven’ las familias obreras que habitan los conventillos”.

¿Es menester que recordemos todas las degeneraciones físicas y morales a que esta forma de ‘habitación’ condena?”

A todos los que nos preocupamos de estos dolorosos problemas, nos ha sido dado ver las ‘habitaciones’ que miden cuatro por cuatro, cuando son grandes, donde el pobre mobiliario lo constituye, a lo sumo, una cama y una mesa y donde tiene cabida la familia compuesta en ocasiones hasta de once personas.

Al horror de las malas condiciones de la vivienda se une uno mayor: en la cama del matrimonio, generalmente joven, tres o cuatro hijos más tienen cabida, hacinados uno a la cabecera, otros al costado y otros a los

pies... obligados a presenciar las expansiones íntimas, ¡expuestos a los contagios!

¡Y todavía se tiene la osadía de llamar a esto “familia”! Es que de una vez por todas la sociedad no quiere desengañarse a sí misma; de ahí que no trate de reflexionar y ajustar el término que merecen ciertos hechos que ella misma produce...

La habitación es la que tiene mayor influencia en el desarrollo físico y moral del individuo y en la determinación de las costumbres.

Cuando los higienistas en sus tratados o en sus conferencias especifican la cantidad de metros cúbicos de aire que cada individuo debe disponer en su aposento; cuando llegan a la conclusión de que una habitación llena de aire, de luz y de sol, es indispensable para cada individuo, cuando establecen una cantidad necesaria e indispensable de ambientes para cada núcleo familiar, se nos ocurre pensar ingenuamente que estos individuos que viven hacinados en los conventillos no constituyen una “familia” de seres “humanos”... Ellos se hallan en condiciones inferiores que las bestias, las que —¡afortunadas de ellas!— tiene sociedades protectoras. El hombre, a fuerza de sutilizar su amor por las bestias, ha perdido la noción del deber para con sus semejantes transformándose en el más perverso lobo devorador de hombres...

Por estas razones opino que resulta contraproducente el esfuerzo que algunas personas, indiscutiblemente bien intencionadas, por cierto, realizan para convertir la tuberculosis, enfermedad social que tiene su origen, su territorio en los conventillos y en los lugares donde se hacina la gente de trabajo.

Los moradores de estas “covachas” pagan precios exorbitantes por cada una de las “habitaciones” donde la miseria y las enfermedades anidan.

Dado que han transcurrido más de sesenta años desde la fecha que fue concebido este estudio sin que los gobiernos que hemos padecido hayan encontrado algunas fórmulas solucionantes, aunque sea parcial, de estas falencias, nos permitimos reproducir las conclusiones acerca de lo que debe hacerse para que “La Patria sea grande”.

“Considerando que, en lo que respecta a este punto también interviene una buena cantidad de factores económicos y sociales, abogamos por lo siguiente:

Alimentación precaria: 1º — Se acrecienta el poder adquisitivo de la moneda dándole estabilidad; 2º — Deterioración de los impuestos que gravan los artículos de consumo y de trabajo; 3º — Establecimiento del libre cambio, cuando esta medida sea necesaria para la subsistencia del pueblo.

Mal alojamiento: 1° — Con el objeto de borrar el baldón que constituyen en nuestro país los conventillos, y en los otros países los lugares donde se hacina la gente de trabajo en las ciudades industriales, se propende al desarrollo de los barrios obreros, administrados honestamente por la Comuna, esto es, no entregándole a secta religiosa alguna su administración; 2° — Eximición de gravámenes a los materiales de construcción con destino a las cooperativas obreras; 3° — En los países, como el nuestro, donde existen grandes extensiones de tierras sin cultivar, que se valorizan día a día sin que sus propietarios hagan nada para justificarlos, donde existen grandes centros cuya población es densa, haciéndose difícil para gran parte de ella — en especial a las mujeres y los niños — la lucha por la vida en condiciones normales, es necesario:

1° — Que se grave el privilegio de la tierra para que los que deseen vivir de acuerdo con sus aptitudes tengan un pedazo de ella con la superficie adaptable al establecimiento de su hogar con la huerta anexa.

2° — Debe propenderse en esta forma a la defensa inteligente de la nacionalidad, poniendo a los padres en condiciones de asegurar la vida del niño, la del hijo, la del futuro hombre, despertando en éste el amor a la tierra en la forma más noble y humana.

Ambiente de la fábrica: 1° — Deben dictarse leyes sobre higienización de fábricas y talleres; 2° — Las asociaciones gremiales, por medio de la acción sindical, deben imponer las mejoras pertinentes al caso; 3° — Prohibición terminante del trabajo de las mujeres en las industrias en que peligre la maternidad; 4° — Prohibición terminante del trabajo de los menores en las industrias nocivas a su salud.

Fatiga: 1° — El horario máximo de trabajo, así como el salario mínimo, debe establecerse por leyes estaduales de esta manera: ocho horas para los adultos con dos de descanso al mediodía y seis horas para los menores con dos de descanso al mediodía.

VI

LA OTRA ARGENTINA

Así como llevados por la imaginación, pero valiéndonos de informaciones verídicas, reconstruimos la llegada al mundo de Carolina, así vamos a relatar un encuentro con la autora de "Por la salud de la raza". El escenario, uno de los tantos cafés porteños. Llegó a él el atardecer de un día alilado. Debió ser en pleno otoño, porque el viento acariciaba las ramas de los árboles despojándolos de sus hojas. Preludio del arribo del invierno con sus fríos y sus heladas solidificadoras del agua adormecida en los huecos del empedrado de las calles. Sentados, junto a una mesa dialogan varios contentulios acerca de los temas preocupantes a las gentes que todos los días abandona el lecho obedeciendo el dictado de la campanilla del despertador para cumplir una jornada con exigencia horaria que, en ocasiones, abraza el alba con la noche. Es verdad que los trabajadores después de luchas prolongadas por años y años, habían logrado, en casi todos los países del mundo, la jornada de ocho horas pero, también, era una verdad verdadera, sobre todo en las naciones de escaso desarrollo, que esa conquista sólo tiene vigencia en los papeles acumulados en archivos donde la "polilla" suele reducirlos a nada. Quizá pensarán en la inutilidad de tanto esfuerzo del que sólo queda el amustionamiento de esperanzas con el consiguiente enfriamiento de sinceros anhelos de cambio mediante el recorrido de los caminos legislativos. La clientela, no muy numerosa, fue testigo de la transformación repentina del entorno. La fórmica, en un santiamén apareció reemplazada por la madera. Los anuncios que cubrían las paredes recomendando el consumo de la "Coca-Cola" y de los cigarrillos "Camel" habían desaparecido para dar lugar a

otros promocionantes de la "Bilz" y para quienes desearan extender la aventura de la vida hasta más allá de los cien años, el "Chinato Garda". El joven que atendía vistiendo un carnavalesco saco rojo había hecho abandono de su tarea para dar paso a un anciano de sesenta años que, pese a sus callos plantales, se desplazaba con dinámica fatigada desde la máquina "express" hasta las mesas ocupadas por jóvenes y menos jóvenes sin aparentes urgencias. Observamos que, de cuando en vez este Manolo, que de cuando en vez se hacía tiempo para comentar con algunos clientes las noticias, preferentemente referidas a la tierra lejana pero no olvidada que, con seguridad, como tantos de sus paisanos, abandonara para hacer la América unos, para liberarse de la guerra en Marruecos otros. Nadie se había liberado totalmente de la sorpresa provocada por el cambio cuando, no podría precisarse de dónde y cómo se destacó del consenso una joven delgaducha, de tez pálida y ojos hundidos, que extendía la mano ofreciendo ejemplares de un periódico de difusión limitada, ya que ninguno de los presentes parecía conocerlo.

—¿Qué es esto? —preguntó alguien.

La respuesta no se hizo esperar:

—Está a la vista, *Tribuna Femenina*. Necesito la colaboración de todos, por modesta que sea. Es la única forma de que nuestra voz impresa pueda seguir escuchándose.

—¿Y usted, que tiene que ver en una empresa como ésta, nada fácil de mantener?

—Tenemos las mujeres necesidad de divulgar ideas para apresurar el advenimiento de un mañana mejor, distinto.

—¿Qué razones aduce para justificar una lucha de mandante de esfuerzos sin medida, para lograr objetivos ajenos al interés de las mayorías? Está derrochando energías, señorita.

La joven miró al grupo de una manera tal, que lo hizo sentir animado para el inicio de una charla. Se hizo un interludio silencioso al cabo del cual la interlocutora tomó la palabra:

—Esta campaña que hacemos las mujeres socialistas no es contra ustedes, los hombres, sino para lograr una equiparación que sabemos justa y creemos imposter-gable. No nos interesan los privilegios, que rechazamos. Compartir, es el objetivo perseguido. Deseamos dejar de ser una cosa, una simple cosa.

La palabra "cosa" sonó como un latigazo. El inicio había resultado interesante, quizá porque enfrentaba abiertamente un escepticismo generalizado. Con segu-

ridad debió ser este el motivo que la impulsó a invitar a la propagandista a participar de la tertulia, lo que ella aceptó desafiando hábitos impuestos por una mayoría conformista que acataba, sin protesta alguna, el aislamiento del cuadrilátero pomposamente bautizado "salón para familias".

Sentada, fue una más en la reunión, pero ahora eran ellos los que iniciaban el diálogo, a tiempo que la desconocida se aprestaba a saborear el contenido del pocillo del café recién servido, indiferente al clima de sorpresa represiva provocado por su actitud. Estas fueron las primeras palabras:

—Creemos estar en lo cierto si decimos que usted no nos es de ninguna manera una desconocida. La hemos visto en más de una ocasión encabezando los sectores femeninos de los desfiles socialistas en los que se destacaba por su contagioso entusiasmo. Hemos leído artículos suyos, publicados en "La Vanguardia" y "Humanidad Nueva". También reportajes en *Fray Mocho* y *P.B.T.* por no citar sino a los impresos que periódicamente llegan a la mesa de redacción del diario donde trabajamos. Su nombre es Carolina Muzilli, son muchos quienes la llaman "la Justo femenina del Partido Socialista". ¿No es así?

La joven, que se había visto obligada a desviar su atención a nuestras palabras por repetidos accesos de tos, anuncio de una enfermedad que no hacía mucho se había llevado a una compañera y amiga suya, Raquel Caamaño, después de regalarnos una sonrisa triste, como si quisiera significarnos que la contrariedad de la dolencia no superaba el agrado producido por sentirse entre gente desconocida para ella pero respetuosa de su ideario, respondió:

—Paso por alto los elogios que han tenido a bien dispensarme, los agradezco, aun cuando tengo la certeza que no me corresponden. Lejos de mí el creer que pueda tener la sabiduría de un Justo... Soy, precisamente, Carolina Muzilli, conocida en mi casa y en mi barrio, es decir en las adyacencias de San Juan y Entre Ríos. Eso es todo, pues, para acometer cualquier labor, debo esforzarme para superar antes las molestias de una enfermedad que se siente cómoda acosando mi endeble anatomía y, luego, hacerme del ánimo imprescindible para el trabajo.

—Nada de lo que ha dicho nos era desconocido, ni es indiferente para nosotros. Pero, si no hemos oído mal, ha dicho que no quiere ser una cosa. Nos gustaría saber qué desea significarnos con eso. ¿Quiere hacerlo?

—Desde luego, si se parte del supuesto que cosa es un término implícito de todo conocimiento, resultaría,

a mi criterio, vano e inútil pretender definirlo ya que cada uno de nosotros sabe lo que es una cosa con más claridad de lo que pueda expresar una definición.

Volvieron a la carga, inquiriendo:

—Su respuesta se nos ocurre una manera elegante, quizá esté mejor decir inteligente, de eludir, de oponerse a dilucidar algo que nos interesaría saber. La nuestra no es sino una forma de intentar penetrar en su mundo pensante.

—Debemos abandonar, ya es hora, las viejas concepciones de que las cosas que vienen a nosotros son algo así como un calco más o menos estilizado o depurado. Estoy segura que debemos ir hacia las cosas y que ellas se nos presentan acordes con nuestra elección.

—Usted ha elegido...

—Lograr la emancipación económica de la mujer de una manera afín con las doctrinas político-gremiales de los accionantes del proceso masculino. Hay que vencer a la juventud obrera para que entienda, de una buena vez, que es una necesidad urgentísima interesarse por los problemas económicos, sabido que de él depende su presente y su futuro.

—La escuela primaria...

—Resume todos los secretos, todas las necesidades de superación con justicia en esta tierra en la que deseo ver establecido, a igual que el laicismo ya conquistado, la enseñanza de una vida real, el desarrollo de la personalidad humana munida de las defensas que posibilitan el enfrentamiento con las dificultades e inconveniencias impuestas por quienes manejan, por sobre los gobiernos representantes de las mayorías, los destinos de los pueblos. La escuela debe enseñar a los varones cómo ser hombres y a las mujeres cómo ser mujeres.

—Siedo usted una mujer interesada seriamente por el destino de los componentes de su sexo, ¿cómo cree que podría acometerse una empresa tan arriesgada como la reforma de la enseñanza primaria?

—En el comienzo, proveyendo al alumnado de todos los elementos facilitadores para la comprensión de los problemas que hacen tan difícil la existencia a quienes deben usar de sus manos y de sus cerebros para ganar el pan de cada día. Una educación programada con vistas a mejorar al niño hará posible que éste, llegado a los años juveniles —momento en que se estructura el presente con proyección de futuro— habrá adquirido conciencia de su importancia en la evolución de la sociedad, enriquecida por los haceres de la inteligencia del hombre, comprada por quienes poseen dinero que usan para la explotación de los más.

—¿Con qué armas cuenta para la consecución de esos objetivos? ¿Ayuda sólo de sus compañeros de ideas?

—Antes de satisfacer la curiosidad que ponen de manifiesto, creo que es necesario apuntar que sería imposible acometer estas, y otras campañas pro reformas que seguramente impondrán los hechos sin necesidad de campañas esclarecedoras como la so'idez de conciencias solidificadoras de teorías y fervores, fuerzas conscientes como indiscutiblemente lo son todos los alineados tras los estandartes del socialismo. Los problemas, a mi juicio, son hechos que exigen la investigación minuciosa, por no decir audaz, que es la palabra que cabe ya que estamos hablando de cambios estructurales. Esto, será realidad si lo contemplamos con ojos puestos en nuestra realidad nacional. Es hora que entendamos que la solución de los problemas argentinos no se logrará con experiencias —muchas de ellas indudablemente felices— de otros países, a'gunos lejanos y con geografías muy distintas a la nuestra. Nada de literatura abrevada en textos extranjeros, todo a las experiencias recogidas a lo largo de andares por los caminos de la patria. Se me ocurre que los mejores frutos se recogerán hablando, penetrando en el alma de esos innumerables marginados que vegetan en lugares inhóspitos hasta donde fueron aislados por las fuerzas llamadas civilizadoras. Pongo énfasis en lo económico porque, repito, en la economía está el basamento que pueda amortajar a la iniquidad castigadora, cómplice de las minorías privilegiadas de la otra Argentina que es la que se nutre con la mayor parte del queso. Ya que necesitamos libre acción para fortalecer estos principios apuntaladores de la solidaridad gremial, tenemos que llegar con la luz de nuestro ideario a todos los sitios del país, desde el Plata hasta los Andes y desde La Quiaca hasta Ushuaia. En cualquier lugar encontraremos seres hambrientos de pan y de justicia que, primero nos escucharán y luego convertidos en difusores de nuestro mensaje, nos harán más fuertes. Más de uno me achaca haber dado cumplimiento a una propuesta reiteradamente proclamada como es la de hacer al soldado primero que al oficial ya que ésta es tarea más del brazo que de la cabeza, pero la culpa de ello es de mi precaria salud, tanto como de la escasa ayuda que me prestan. Innumerables son las veces que me encuentro totalmente sola a la hora de cerrar el periódico, de buscar informaciones para las ponencias denunciadoras del estado de verdadera esclavitud a que están sometidas especialmente las mujeres y los niños que trabajan en nuestra incipiente industria, lo mismo que en el comercio.

—¿Puede saberse cómo se vale para impulsar una lucha en apariencia tan desigual?

—Lo es en realidad. Considero que las enseñanzas que imparte nuestra universidad son totalmente obsoletas. Toda la ciencia académica es inadecuada para el momento y el lugar. Está superada por los descubrimientos que día a día asombran al mundo. Para decirlo con palabras quizá más adecuadas, repetiré lo que mucho de nuestros contemporáneos afirman, que las academias solventadas por el Estado viven atadas a proposiciones perimidas denunciadoras de la urgencia de un cambio total que haga posible investigaciones originales, alentadas por el espíritu con valentía para sepultar definitivamente lo ya reemplazado. Esto sí debe tenerse en cuenta; en todos los países modernos del orbe. Estoy segura que ni los códigos, ni las leyes principistas, menos las letras, las retortas, el microscopio y el compás, como también las lucubraciones psicofilosóficas, llegarán en hora para revelar el hondo sufrimiento que con egoísmo inmedible condena a toda una clase, constructora por vocación e imposición imperativa, a una servidumbre inalicificable.

La voz que en el inicio de su discurso era apenas audible fue subiendo de tono hasta transformarse en una arenga entusiasta, sólo interrumpida por los accesos de todos más frecuentes a medida que avanzaba en la exposición de sus ideas. Toda ella había tomado la forma —digámoslo así— de uno de esos iluminados que, convencidos de la verdad de sus convicciones salen al encuentro de simpatizantes valiéndose del arma que fue, es y, posiblemente, siga siéndolo, la verba. La fatiga la obligó a hacer una pausa, momento que aproveché para alcanzarnos una cuartilla escrita por letra que, a simple vista, denunciaba la rapidez con que había sido concebida, ya que muchas palabras aparecían tachadas con rayas bien persistentes.

Mientras apresuraba el contenido de un tercer pocillo de café, nosotros penetramos en el texto de la nota que decía:

“Para superar la sevicia económica será imprescindible poseer mucha ciencia, no menos experiencias, pero también tengo el pensamiento que, sobre todo se hace menester una inagotable perseverancia y absoluta contracción a la causa. Hay que dedicarse, sin descanso ni temores, a clasificar documentos y observaciones de realidades que exigen ser reemplazadas por concreciones justas para todos. Cuando regresamos del campo de lucha con la espalda encorvada por el peso de datos con cifras testificadoras, recién entonces podremos adquirir la tranquilidad a que merecen todos los que, adentrados en los problemas sociales con voluntad de

hallar en su solución el paladeo de la satisfacción buscada durante el largo camino recorrido reconociendo que se ha dado un paso, un paso solo, que no es sino uno menos en la distancia reclamante del acento puesto por nuestra sed de verdad. Este es el paisaje que he intentado descubrir a mis contemporáneos y que, en gran parte, hubiéramos podido concretar de haber contado con una mayor colaboración de nuestra dirigencia”.

Extinguida la pausa impuesta por los sucesivos ataques de la enfermedad que la acosaba cruelmente, continuó hablando:

—Podrá decir el hombre de ciencia, a igual que los estudiosos más eminentes y como tal experimentados, que los hijos de las empleadas y obreras de nuestras grandes tiendas —para referirnos sólo a un sector digno de tomarse como ejemplo— darán a luz hijos robustos, exentos de taras físicas y psíquicas indelebiles. Pero, lamentablemente, esto no es así en la realidad radiografiada por la documentación recogida por expertos, cuyas informaciones cuando no se destruyen, se guardan bajo siete llaves en un intento de no desmejorar la fachada de un país que, pretendiendo ser granero del mundo, es impotente para eliminar la miseria, con los males que ella implica en vastos sectores de la población. No en vano Rafael Barret la llamó tierra de príncipes y mendigos, al señalar las grandes diferencias caracterizantes de nuestra población. Para que las diferencias se vayan amenguando hasta la llegada del día en que todos tengamos las mismas oportunidades de arribo a la escuela; al pan, a la salud y al techo, con un núcleo de mujeres acometemos esta cruzada pro esclarecimiento en su inicio. Esta quizá demasiado extensa disquisición descubre, a mi criterio y al de las muchas seguidoras, la sustancia y la razón de ser de una campaña cuya atalaya está claramente definida en su programática. La pregunta reclamaba una noticia acerca de los medios posibilitadores de una lucha que, aparentemente, además de difícil, dada la escasez de los medios que poseemos frente a los que los empeñados en seguir nutriéndose de los frutos del trabajo de la gran masa de negados y olvidados que ámbulan por las rutas de un país que, pese a su extensión cercana a los tres millones de kilómetros cuadrados, niega unos pocos metros para el albergue de los incontables carenciados.

—¿Qué opinión tiene de nuestra juventud?, ¿de una juventud que aprovechando las fiestas del centenario cometió actos depredadores de una magnitud cuantitativa inestimable, orientada, empero, a demostrar una posición en abierto enfrentamiento disconformista con el texto de la Constitución Nacional y la proclama del himno patrio que invoca insistentemente la libertad?

—Esa juventud que redujo a cenizas talleres de impresión y lugares de esparcimiento público no es representativa de la verdadera, de la genuina, la que tiene su mirada fija en el porvenir esperando encontrar comprensión para resolver la necesidad de ser escuchada*. La que trabaja jornadas de hasta dieciseis horas en lugares —muchos de ellos— insalubres, alojándose en míseros cuartuchos de conventillos inmundos, carentes hasta de los más elementales servicios sanitarios con el peligro que supone la expansión de enfermedades mal llamadas “sociales” ya que son de orden específico y, por lo tanto, funestas para las generaciones futuras. Conociendo a fondo este panorama, cuya comprobación está al alcance de todo aquel que posea ojos desceosós de ver, ¿es posible que haya quien piense sinceramente de que pueden crecer sanos y robustos? No lo es por la sencilla razón que le están negados todos los medios para serlo. Por mi parte he guardado invariablemente silencio ante los ditirambos con que suelen regalarnos algunos empeñados en ponderar la capacidad física de nuestros coterráneos sin entrar a considerar los sorprendentes índices de los reclutas marcados por la palabra inútil para cumplir con el servicio militar. Índice que año tras año muestran una progresión ascendente merecedora de ser estudiada a fondo, con vista a encontrar algún remedio que evite su pluralización.

A propósito, no hace mucho, leí en uno de nuestros diarios capitales, tenido por “serio”, que en algunos cuerpos de línea los médicos de sanidad habían exceptuado por “deficiencia física” al cincuenta por ciento de los conscriptos ya incorporados y aceptados por la junta de revisión, quedando reducido en un setenta y cinco por ciento el total de la clase. Ante esta nada alentadora realidad, cabe una pregunta: ¿qué generaciones son éstas que aportan sólo un porcentual apenas unos puntos más de la tercera parte del total de la convocatoria? ¿Cuáles son las causales que se invocan para el dictado de excepciones? Pasando por alto las veleidades burocráticas, deben estar lógicamente referidas a la pobreza del desarrollo torácico y de peso, correlativa a la talla de los jóvenes conscriptos, fenómenos estos característicos de la acentuada debilidad de los frustrados soldaos. Desconocemos si se ha realizado alguna investigación a nivel institucional acerca de los antecedentes y condiciones, tanto físicas como ambien-

* En ocasión de las fiestas del centenario de 1910, entraron en acción patotas de “niños bien” que destruyeron los talleres de los diarios *La Vanguardia* y *La Protesta* y la carpa del circo Frank Brown, instalada en la calle Florida.

tales de los padres de estos aspirantes a cumplir con los deberes impuestos por la ley de servicio militar obligatorio. La contestación no puede ser otra que negativa, pese a la trascendencia que tienen para apuntalar la grandeza de la raza y el fortalecimiento de la riqueza pública. No se han llevado a cabo seguramente por esta risible circunstancia: “No encuadran en los clásicos articulados de la Constitución Nacional”. Nuestra Constitución es el fuerte de muchas romanzas, tanto filosóficas como pseudodoctrinarias; pero la vida misma, la existencia, la adaptación de los seres que según un proverbio latino afirma que el hombre debe ante todo vivir para después cantar.

En cierta ocasión, emulada por la presencia de un niño linfático o distrófico, me propuse penetrar en su ámbito familiar encontrando a una mujer envejecida prematuramente que declaraba haber pasado los mejores años de su existencia trabajando en una fábrica que, por sus características, podía considerársela sin temor a yerro alguno, que era homicida. Luego, ya casada, entró en la servidumbre mal paga del trabajo a domicilio. El padre, abañil “medio cuchara”, cumplía su labor en la construcción, cuando la naturaleza le deparaba días de sol. Por cada extenuante jornada de nueve horas cobraba cuatro pesos, suma que no alcanzaba para cubrir ni siquiera medianamente lo que gastaba en el boliche, jugando al truco y bebiendo vino de pésima calidad. Este niño, a igual que sus hermanos, gestados por una mujer anémica, tal vez febril, posiblemente ya tuberculosa y con un padre alcohólico y con sangre infectada por los residuos de una o más enfermedades venéreas, castigados todos por el signo de la decadencia, son candidatos a la degeneración y a la muerte prematura, como remate inevitable dados los condicionamientos de la sociedad que nos rige.

—Admiramos su temple. Tanto como su fervoroso entusiasmo por lo que defiende. Nos hacemos cargo de las dificultades que debe superar, que tiene que superar día a día todo aquel, que como usted, valiéndose de la palabra en conferencia que, por lo enjundiosa, le han ganado el aplauso de numerosos concursos; la prédica de su quincenario, sus artículos aparecidos en periódicos, algunos de gran circulación, libros bien recibidos por la crítica y algo más, el respeto que merece y ha merecido su dedicación para dilucidar situaciones cuyo remedio deben buscar, a nuestro entender, organismos estadauales especializados en problemas sociales, los mismos que aparentemente nada o poco, muy poco, hacen para fortificar, no nos atrevemos hablar de prestigio, su paso por las instituciones gubernamentales. Usted habla, grita, reclama, pero no es escuchada. Nuestra Argentina sigue dividida entre los que se

mueven por algo, llamémoslo humanización y los que tienen la manija sordos a todo clamor de origen popular que desespera. ¿A qué atribuye esa desaprensión?

—Creo que la pregunta está contestada a lo largo de esta conversación quizá demasiado extensa. Las motivaciones radican simplemente en que los indiferentes, o adversarios al cambio, siguen empeñados en no ver. Pero esta posición no podrá prolongarse. El paso del tiempo demuestra que el hombre está empeñado en encontrar una revelación indicativa de una meta que le permita gozar en autenticidad los bienes de la naturaleza. Sabe que sólo presionado por alguna trascendencia llegará a comprender que urge discriminar entre la certeza y lo que imagina que es. Por otra parte, frente a todos tiene conciencia de la imprescindibilidad de buscar en la historia su "original y autóctona" razón. Esto implica que es imposible no tener fe, si en verdad se quiere vivir. Es preciso la fe en las realizaciones que obligue a no ser indiferente al pasado, ya que finalmente no se posee otra cosa. Una sociedad dividida en clases tiene ante sí dos caminos, pero no dos opciones. El primero es el recorrido por los condenados a permanecer anhelando el derecho al goce del producto de su trabajo y, el otro por la explotación de los aprovechados de la labor de los carenciados. Nuestro accionar es de esclarecimiento con la finalidad de concebir una incorporación masiva del sector de los desposeídos, como única forma de extinguir en buena hora la injusticia que acosa a un mundo que, habiendo cantado las excelencias de una época por muchos llamada bella, no han podido evitar una desgarrante guerra desangrante de los países tomados generalmente como ejemplo. Mis trabajos abrirán, ahora mejor que mañana, los ojos de los miles de los infortunados, ignorantes la mayoría de ellos, de la inopia que padecen, que no son castigo de eso que llaman destino sino, motivaciones provocadoras de aislamientos impuestos por una minoría tan inescrupulosa como aprovechada.

—Hemos comprobado su insistencia en criticar, a veces muy duramente a la iglesia. ¿Qué motivo guía este ensañamiento, lo decimos por adjetivarlo de alguna manera?

—Creo que especialmente la mujer es la víctima propiciatoria de la religión. Gracias a su dominio absoluto, ejercido a lo largo de muchos años, ha conseguido aherrar el espíritu femenino —sobre todo en el ánimo débil que por herencia y hábitos de la mujer latina— retiene los principales resortes de la solución de los problemas que estamos debatiendo. Desde la primera comunión, pasando por el confesionario, se convierte en sierva del hombre que la ha elegido como esposa pero que jamás le permitirá intervenir en el accionar

de quienes aspiran a obtener reformas legales o económicas para su sexo. El catolicismo combate el divorcio, rechaza la separación de la iglesia y el estado, no obstante saber que los principios esenciales al sistema republicano son incompatibles con un culto oficial, lo mismo que el sostenimiento de instituciones que no concurren orgánicamente a aumentar los valores sociales de la población, fin primordial de las naciones libres... ¿No comparten ustedes las razones que guían nuestra campaña? Los veo temerosos, quizá se sientan aferrados a la mediatez. Más el solo hecho de haber sido escuchada atentamente alienta la creencia que pueda animarlos una lucecita clarificadora que los acercará al socialismo. ¿Me equivoco?

No les dio tiempo para la respuesta. De pronto, sin poder precisar certeramente la circunstancia del sucedido, todo se vio envuelto en una ráfaga que, en un santiamén, transformó el lugar con el retorno al desierto en el comienzo. Carteles propagandísticos, mesas, sillas, tertulianos, empleados, todo y todos habían desaparecido. También Carolina. Pero sólo su imagen ya que, como dijera uno de sus muchos sustentadores: "sus restos físicos es todo lo que de ella queda, eso lo sé también en el lecho de sus células muertas existen aún secretos de vida; de la vida orgánica que jamás acaba y circula sin cesar y se perpetúa en el conjunto". Agregamos nosotros, de los ideales que supo expresar con valentía y propagar con singular resón.

VII

LOS SUCEOS DEL CENTENARIO

El advenimiento del año 1910 fue saludado por el pueblo todo, como cabía a la celebración del primer centenario de lo que se dio en llamar "el siglo de la libertad". Un acontecimiento de esta magnitud estaba prendido a los corazones de todos los argentinos, considerados como tales a los nacidos dentro de nuestras fronteras y a los muchos hombres y mujeres de buena voluntad que quisieron habitar nuestro suelo. Entidades y comisiones populares a lo largo y ancho de la república, trabajaron afanosamente en los preparativos para que los festejos alcanzaran la altura de las muchas celebridades que representando a sus respectivos países, o a entidades intelectuales, se aprestaban a viajar para adherir a los actos preparados con pompa sin igual. Podía decirse, con la seguridad de no caer en fáciles exageraciones, que la nación entera se había puesto de pie para que la fiesta fuese fiesta de verdad. Pero, desventuradamente, lo que llevamos dicho de un momento para otro se transformó en una simple fachada, fachada que escondía otra Argentina, otro deseo, éste orientado hacia la destrucción de todo aquello que significara una idea de progreso. ¿Quién azuzaba este despertar, estos intentos de reverdecer la barbarie que la mayoría creía definitivamente sepultados? No es este el lugar señalado ya que, por otra parte y en su momento, fueron marcados por todos los que sintieron la necesidad de hablar, para no aparecer complicados en acciones que la unanimidad de la población creía superados mucho tiempo ha. Quizá sea interesante acotar que las bandas criminales fueron acompañadas y alentadas por esbirros de las fuerzas del orden, quizá los mismos asesinos que despejaron a balazos a la multitud anarquista reunida en la plaza Lorea para conme-

morar el 1° de Mayo, donde quedó un tendal de muertos.

Un testigo declaró que había visto con sus propios ojos y escuchado con sus propios oídos a una banda a la que un "cosaco" señalaba el objetivo —local socialista de la circunscripción 12— acompañando el índice con estas palabras a manera emulativa:

—“Metalen” muchachos que hasta ahora todo va bien. Desparramen mucho “querosene” para que acabemos pronto. Los barullos no gustan a la gente pero hoy se los tendrán que tragar.

Un espíritu inquieto, pleno de fervoroso entusiasmo como lo fue Carolina Muzili, no podía estar ausente de sucesos tan desventurados como que demostraron la intencionalidad infrahumana de quienes, valiéndose de la impunidad asegurada —llamémosle así— de los custodios de la sociedad fomentaron el desorden dejándoles las manos libres para hacer lo que hicieron: Reducir a cenizas no sólo las máquinas que imprimían los periódicos cuya prédica señalaba nuevos caminos para solucionar viejos problemas sino, también, los libros valiosos que llenaban los anaqueles y el deseo de saber y comprender del pueblo que supo utilizarlos para su instrucción.

A todos estos excesos, el gobierno respondió estableciendo el estado de sitio. De esta manera tenía las manos libres para la aplicación de la odiada ley de residencia, la fatídica 4144. Recuperado el estado de derecho —es una manera de decir— *La Vanguardia* bajo un título de cuerpo catástrofe que cubría las ocho columnas de la primera página decía “Celebraron el centenario de la libertad asesinando la libertad”. En la segunda página publica esta crónica suscripta por nuestra biografiada:

“Nos hallábamos reunidos en Méjico 2070 en la salita donde habitualmente realizamos nuestras asambleas, un grupo de compañeras cuando de improviso, y con la emoción que les sugería el momento, dos compañeros vinieron a traernos la nueva de los actos vandálicos que se iniciaban. Nos recomendaron la conveniencia de abandonar el local, pues creían firmemente —cosa que después sucedió— que de un momento a otro asaltarían la casa.

“Como nos dieran noticias de que la turba se dirigía a nuestro querido diario para asaltarlo y saquearlo, como una sola persona, confundiendo nuestras voces exclamamos ¡LA VANGUARDIA!

“Las unas en coche, las otras en tranvía, todas nos dirigimos al lugar indicado. Durante el trayecto de Méjico a *La Vanguardia* —Defensa 888— vimos muchos automóviles elegantes ocupados por gente dorada, que arrastraba su espíritu en carreta como dijera Unamuno.

¡Cuál fue nuestra sorpresa y nuestro dolor cuando al bajar del tranvía vimos que la calle Defensa, por el radio de cuatro cuadras alrededor de nuestro querido diario, se encontraba totalmente cubierta de libros y papeles destruidos. ¡Y ensañándose con esos papeles, con esos libros, que representaban más de una privación en las casas de nuestros compañeros, estaba la llamada juventud intelectual, esa juventud que un mes más tarde, aplaudiéndola y alentándola en el aula magna de la Facultad de Derecho, hablábale de conciencia cívica al bufón de esta parodia de dictadura, aquel que donó "¡miei quindici anni di vita" para terminar con la apostasía, para terminar con la traición. ¡Y qué bien sentaba a esos labios de apóstata la adulación!

¡Muy bien, jóvenes —les digo— vosotros tenéis arraigado profundamente el culto grande y noble de la patria! Proseguid vuestra obra, difundid entre el pueblo el "pan del alma" (?). ¡Y el pan del alma caro profesor, cubría totalmente las calles! ¡Como por una ironía en uno de los libros abiertos que estaban al pie de un grupo que trataba de encender unos papeles para incendiar La Vanguardia, se leía en grandes caracteres, como formulando un reto, la e'ocuente página intitulada "A la juventud" del "J'accuse" de Emilio Zola! ¡Y me parecía que esas páginas fueron escritas en aquel momento y también me parecía que el alma de Zola fluctuaba alrededor de los trabajadores que, consternados, miraban la obra de devastación acusando con gritos formidables a este pueblo que mantiene para oprobio suyo y vergüenza de la civilización tal estado de cosas!

"Por fin llegamos ante las puertas de *La Vanguardia*. Allí un grupo de ciudadanos anonadados por el dolor, descubiertos como si estuvieran delante de los despojos de personas queridas, contemplaban el cuadro con los ojos preñados de lágrimas. En los balcones de las casas adyacentes condenaban el acto bárbaro e ignominioso que acababa de efectuarse. Y nosotras, las que veníamos de Méjico 2070, insultadas por un grupo de vándalos contemplábamos estupefactas todo lo que sucedía a nuestro alrededor. Entonces una voz que llena de emoción decía:

"—¡Pero qué tiene que envidiar esto, a los autos de fe hechos por los cosacos de mi tierra?

"Yo pensé ¡que la Rusia bárbara y autocrática del Knut y de la Siberia, fue reivindicada por el pueblo del triple grito de libertad con bastante largueza!

"Of también a alguien que dijo:

"—No desmayéis, continuad vuestra obra. ¡*La Vanguardia* resurgirá más grandes y más potente!

¡Hermosas palabras de aliento y esperanza en medio de aquella desolación desesperante!

Y hoy, vemos de nuevo a nuestra querida hoja circular libremente trayendo la nota viril y honesta en el campo, cobardemente abandonado por los rotativos de la autocracia.

Reconstruida *La Vanguardia*, vislumbrándose una potente organización gremial y política, no nos durmamos sobre los laureles. Tenemos una ley inicua que combatir, la ley mordaza —llamada por escarnio de defensa social—. Todas nuestras energías deben sumarse en contra de ella. En la tribuna, en la prensa, en el campo político y gremial, debemos combatirla con ahínco.

Levantado el estado de sitio —se lo debemos al "professore"— nos incumbe hacer derogar, por medio de la acción inteligente y serena, esta ley sancionada precipitadamente por un Congreso tan servil como venal.

Tal es la obra que este grupo de inconscientes salteadores de imprenta y saqueadores de tranquilos hogares obreros, nos ha legado como consecuencia lógica de la propaganda de los anarquistas de abajo fomentando la prepotencia de arriba".

Esta edición de *La Vanguardia* correspondiente al 8 de octubre de 1910 trae una amplia nota acerca de la revolución republicana que estallara en Portugal. Se anuncia la promulgación de leyes obreras y la separación de la iglesia del estado a tiempo que el destronado rey Manuel ha buscado refugio en Gibraltar. Un comentario habla de la repartija de empleos que realiza el gobierno en visperas de ser reemplazado. El Comité Pro Presos ha vuelto a la actividad abogando por la libertad de los detenidos por cuestiones sociales. Esta dolorosa página pertenece a la época que hasta hace pocos añoraran nuestros mayores.

VIII

CAROLINA MUZILLI Y EL TEATRO

Siendo el teatro una de las expresiones utilizadas por el hombre para la representación de las angustias y alegrías que viven en el mundo interior, nadie puede poner en duda su superioridad. Superioridad abarcante de todas las zonas de interés por las cosas que preocuparon a la sociedad en lo largo de la historia. Por algo alguien ha dicho que no hay grandeza sin su consecuencia teatral. De su importancia, obvia el abudamiento de razones para explicitarlas, ya que su adhesión a los haceres humanos con su belleza y claros oscuros, representan una de las mejores lecciones vivenciales. De la mano de Pirandello cabe decir que el teatro es vida y la vida es teatro, de manera tal que nos resultaría harto difícil señalar dónde empieza uno y termina lo otro. Siendo así, es totalmente imposible el divorcio de la vida del teatro. Por algo lleva siglos andando, recorriendo caminos, atravesando pueblos, aposentándose en ciudades populosas, y también en aldeúchas y patios rodeados por decenas de espectadores, casi siempre sorprendidos por los que están viendo representar. El cambio ha sido invariablemente cordial y ha contado con la franca emulación de las sociedades que, en ocasiones, no han negado el aplauso y en otras lo ha perseguido con tal empecinamiento que, condenado a muerte, ha revivido como el Ave Fénix de sus cenizas.

Una mujer temperamental, fervorosamente temperamental como lo fue Carolina Muzilli, a nadie puede extrañar su declarado apego por el arte de Taífa, apego que manifiesta en forma implícita en un artículo publicado en *Humanidad Nueva*, de noviembre de 1910, año en que el mundo lloró la muerte de León Tolstoi y en la Cuenca del Plata alcanzara inmedible repercusión la desaparición existencial de ese grande que se llamó

Florencio Sánchez, hecho ocurrido en un hospital de caridad de la ciudad de Milán, Italia.

Carolina, que tanto en la ponderación como en la crítica jamás usó del término medio, ya que le eran totalmente desconocidas las cortesanas consideradas por ella como el rostro menos agudo de la hipocresía, afirma en el precitado artículo.

“El más genuino autor teatral de nuestro ambiente, el único, ha muerto!

Tal es la frase que casi todos hemos proferido al vernos dolorosamente sorprendidos por la triste nueva.

Florencio Sánchez ha muerto en el preciso momento en que más esperábamos de él. Ha muerto lejos del lugar donde contribuyera, aumentándolo, a construir el genuino teatro de nuestro pueblo, reflejándolo en sus vicios, dolores y pasiones. Constituyendo con estos tres elementos su tesis, tesis atendida a un estricto espíritu revolucionario. Porque entendemos por espíritu revolucionario en el arte, todo aquello que tienda a difundir, por el arte mismo, las verdades de una determinada concepción doctrinaria”.

Después de formular algunas consideraciones acerca de la actividad farandulesca que se vivía en la metrópoli, prosigue:

“Sánchez ha muerto lejos de este pueblo que, a pesar de sus ingratitudes, también lo amaba. Había emigrado en busca de la gloria”. Finaliza: “Sepamos nosotros reparar el agravio: difundamos sus obras, continuemos trabajando para que se consolide el teatro rioplatense, el mismo que nos ha legado el insigne dramaturgo. ¿Habrán quienes lo continúen? No nos detengamos, deshojemos unas flores en homenaje a su memoria y continuemos su obra”.

No puede sorprender su entusiasmo por las bambalinas, ya que su amor a la vida, ratificado en forma oral y escrita en cuanta oportunidad se le presentó, —aun cuando esto no la impedía a hacer lo posible por extender la suya que descuidó tanto como el autor de “M'hijo el doctor”, hasta el momento mismo de su radiación en Córdoba.

Tanta fue su devoción por el teatro, marcada repetidamente por las citas de autores teatrales elegidas para fundamentar sus puntos de vista, inclinación que debió haber privado para estrenar un drama en el antiguo teatro Variedades de la barriada de Constitución, posiblemente por un elenco encabezado por Enrique de Rosas, a estar a una noticia que nos llega del estudioso Jacobo A. de Diego, quien, empero, no se atreve a con-

firmaría. Pero el feliz autor de "Para mis hijos el mundo" está casi seguro de que la versión es exacta.

Tampoco nosotros, rastreando lugares y memorias de gente vinculada al ámbito pudimos arribar a comprobación alguna. José Quarantino, compañero durante largos años en *La Argentina*, matutino donde ejercía la crítica teatral y nosotros la secretaría de redacción, dijo no recordar nada en particular, aun cuando no dudaba de que hubiese ocurrido el estreno, ya que él mismo le dedicó a la noticia una gacetilla anunciativa. Enrique Fox, "nochero" de la calle Corrientes, la que nunca duerme, muy popular por el volumen de su anatomía y su sonrisa permanentemente pegada a su rostro, cubría las tareas de cronista de cine, menester que no le impedía ser un asiduo frecuentador de los teatros. En los ensayos generales — con invitación entonces del periodismo — era infaltable, él respondió a los interrogantes de esta manera:

—Que esa "flaquita", cara de muñeca de porcelana, estrenara en el Coliseo de la plaza es una "fija". Si la estoy viendo a esa joven como surgida de una nube azul, reclamada por el público que llenaba totalmente el patio de plateas, público que tenía más aspecto de un mitin socialista que de otra cosa. En un palco bajo, lucía su simpática estampa el doctor Alfredo L. Palacios, quien tenía a su izquierda a un joven vestido a la manera de los poetas de la época. Alguien susurró a su acompañante que era hermano de la autora y secretario del "líder" quien, pese a los repetidos reclamos para que hablara que le hacían sus correligionarios, en cuanto cayó el telón se deslizó hacia el interior, seguramente con el propósito de estrechar la mano de los responsables del espectáculo.

—Pero, de la obra ¿no te "acordás" nada?

—Sí, era una pieza de ideas, como la llaman. Una de esas como las que escribía Payró. No tenía chistes, ni "machietas". Una de esas que no son mi "fuerte".

No pudimos sacarle nada más. Cierto es que no insistimos demasiado, ya que teníamos la certeza de encontrar mejor testimonio en otras fuentes.

Las noches de guardia, en que abandonábamos la redacción a la hora en que las luces del día pasan el borrador al cielo limpiándolo de estrellas, frecuentábamos el archivo para hojear la colección y para conocer — a través de los títulos — los sucesos que suponíamos haber interesado a nuestros abuelos. En una de esas interminables veladas dimos con una gacetilla — de no más de diez líneas — aparecida entre los años 17 y 18. Era la época en que el diputado peronista Visca, presidiendo una comisión bicameral inició una campaña para verificar si el papel de los diarios opositores era adquirido

legalmente, pero el verdadero motivo de la campaña no era sino comprobar las sospechas despertadas por la vigencia de los diarios no simpatizantes con el gobierno, decretando la clausura de los talleres y de las oficinas. Las puertas fueron precintadas y el acceso a las mismas imposible.

Cuando la situación se regularizó, buscamos el comprobante pero con la natural sorpresa y el consiguiente disgusto comprobamos que alguien se había adelantado, llevándose la mitad de la página cortada verticalmente, faltando la parte registrante de la noticia. Iniciamos un periplo comenzando en Argentores y proseguido en bibliotecas nacionales, municipales y particulares no hallando testimonio alguno. Sorprende que Tito Livio Poppa, que ejercía la secretaría de la Sociedad Argentina de Autores Dramáticos presidida por Martiniano Leguizamón, que fue amigo de Carolina Muzilli hasta el punto de haber influido para la aceptación de la pieza, no la incluyó en el "Diccionario Teatral del Río de la Plata", edición del Carro de Tepsis, siendo él quien despidió sus restos en la Recoleta representando al Círculo de la Prensa, discurso que fue incluido en la crónica necrológica, seguramente por no haber sido escrito.

Volviendo a Carolina Muzilli, cerraremos este capítulo con este recuerdo que ella incluyó en la nota dedicada al autor de "Barranca Abajo". Afirmó que estando en casa de una amiga, ésta le señaló el escritorio de su marido, diciéndole:

—En esta mesa se agigantó la fama de ese chico triste, aunque juguetón, que fue Florencio Sánchez, pero también, la fortuna de sus empresarios.

OTRA INQUIETUD: EL DIVORCIO

El divorcio fue un tema que también apasionó a Carolina Muzilli. Precedido, a manera de prólogo por una carta de Agustín Alvarez, el trabajo que le dedicó fue leído en un ciclo de conferencias organizado por la Liga Pro Derechos de la Mujer y del Niño, que se inauguró con una disertación de la profesora Raquel Caamaño en el salón de la Sociedad Científica.

La carta del pensador mendocino expresa: "Marzo de 1912. Srta. Carolina Muzilli. De todo mi respeto: La verdad es que si le pedí su conferencia pro-divorcio, para leerla, fue principalmente porque me había quedado con el sentimiento de no oírse la cuando la dije, porque no pude asistir, no obstante mis deseos, en razón de las noticias que tenía de su preparación intelectual.

Para mí es siempre un gran placer la lectura de trabajos literarios de las mujeres argentinas, que han aprendido a usar su mente para volar fuera de la rutina y de la tradición colonial que las condenaba a no saber escribir, para que no pudieran comunicarse con sus novios, como dice el doctor López, porque ninguna cosa me parece una manifestación más evidente de progreso.

Pero, al terminar la lectura de su conferencia, he llegado a la conclusión de que tenían razón sobrada los que después de oírse la, le manifestaron el deseo de que la imprimiese, por lo que, uniendo mi voto al de aquéllos, le agradezco el placer que me ha proporcionado con su lectura, y deseándole felicidad la salud muy atentamente. Su afectísimo y seguro servidor (firmado) Agustín Alvarez".

La edición de *El divorcio* pertenece a la Editorial Marinoni, que la lanzó al público en 1912. Digamos, a

manera informativa, que de estas prensas salió la traducción de "El Capital", primera parte, del doctor Juan B. Justo, en volumen de seiscientos dieciséis páginas, la que había sido objeto de una prolija corrección de las falas que desmerecieron la primera edición, realizada en España en 1893 por Antonio García Quejido, haciéndose constar, también, que se habían retocado algunos capítulos para hacer el texto más claro y correcto.

Ante una sala colmada por un público constituido casi exclusivamente por hombres, la oradora comenzó haciendo el elogio de las "nobles mujeres que luchan por un idea" sin escudarse tras el manto —calificado de denigrante— de la calidad. Se siente inmensamente gratificada por la presencia del infatigable ciudadano de la democracia Jean Jaurés, "huésped" de la Argentina desde hacía varios meses. Concluyó este exordio así:

"Al ponerme del lado de los humildes tengo como guía el inmenso dolor de la muchedumbre" sincera aun en el error, hasta en la rebelión¹ y que merced al espíritu de estudio y a las nuevas fuerzas históricas que empiezan a manejar, se organiza política y económicamente para la defensa de sus intereses de clase y la elevación de su nivel de vida.

Al tratar del divorcio, no es posible hablar de él sin dar una mirada retrospectiva y sin dejar de detenernos a investigar el origen de la familia, según está constituida.

La familia, tal como se halla organizada, es producto de causas económico-religiosas, desde su fundación, y nacida en el seno de la Roma estatal y guerrera, ha venido perpetuándose hasta hoy con todos sus bagajes y costumbres".

Después de relatar la leyenda de un pobre decepcionado que cruzando la pampa en busca de soledad, se encontró con un motivo que debía sacarlo del doloroso ensimismamiento en que estaba sumido. Atraído por el goce de un delicado perfume, detuvo su andar comprobando la existencia de unas pequeñas matas que le denunciaban que aun entre zarzas y cardos residen obras hermosas de la naturaleza, como la malva, el trébol y la margarita que nacen y se multiplican al calor de los limpios y benéficos rayos del sol". De la historia saca esta reflexión: "Así, al calor de los grandes ideales terminan las buenas prácticas; así como en la pampa se desarrollan esas gentiles florecillas, así, fecundadas por la lógica, desprendida de los hechos, surgen las iniciativas que, elevando a los pueblos, producen beneficios colectivos".

Recuerda seguidamente que en el Congreso Femenino Internacional, celebrado en Buenos Aires, los días 18, 19 y 20 de mayo, en conmemoración del Centenario, aportó una tesis que versaba sobre el divorcio, lo que

no constituyó impedimento para aceptar esta nueva responsabilidad por considerar que, de alguna manera, debía contribuir a la forja de una corriente de apoyo a la sanción del proyecto de ley que por cuarta vez se presenta a la consideración del parlamento”.

Más adelante dice: “No es con la murmuración, ni con el sarcasmo, en contra de la mujer, que vamos a mejorar las condiciones de esos hijos llamados ‘naturales’; sino que debemos ampliar nuestras leyes— tan estrechas en este caso— con la investigación de la paternidad. Esta sí que sería una verdadera ley social. Ley social en el sentido del mejoramiento, en el sentido de prevenir.”

¡Ah! pero tenemos leyes sociales que restringen la libertad de palabra, de pensamiento, de reunión, y una ley social que atenta aun a los derechos del ser en la vida uterina; ¿cómo pensar entonces en una ley que investigue la paternidad si nuestros legisladores han estado tan ocupados en regalarnos, reglamentarnos, esa ley antisocial, no efecto del miedo, sino ley de clases?

Es que con la investigación de la paternidad haremos tambalear a las “casas de expósitos”, esas casas que constituyen un atentado a la moral y a la infancia, por cuanto el hecho de nacer implica el derecho de vivir”.

Recuerda palabras de la doctora Rawson Dellepiane que al fundamentar su proyecto de “hogar de madres”, se preguntó: ¿Es que aún no tenemos la suficiente capacidad para razonar y deducir que la mujer madre, esposa o no, debe ser acreedora de toda la consideración social?”

Continúa hablando de la mujer sublimada por la maternidad para expresar seguidamente:

“Una familia, por ejemplo, desesperada por agotamiento pecuniario, busca como tabla de salvación segura al hombre mayor, arruinado física y moralmente, pero con dinero para brindarlo a la hija pletórica de vida, llena de juventud! Ahí está esa hermosa obra de Bernstein, ‘Sansón’, que proclama con elocuencia la frecuencia de estos matrimonios”.

Refiere luego que la Iglesia sigue empeñada en mantener como elemento suyo, a toda costa, al confesionario y a la mujer porque ve en el divorcio el despertar de las conciencias, de ahí que por todos los medios a su alcance se empeñe en conservarla como partidaria acérrima del matrimonio indisoluble.

La conferencia prosiguió con citas del libro del padre Chinique “El cura, la mujer y el confesionario” y de Mirabeau en su crítica a la enseñanza jesuítica en “Sebastián Roch”. Puso punto final al capítulo con estas palabras:

“Negar el divorcio, oponerse a él, es admitir el adul-

terio, escuela práctica de perversión y de ruina. La Iglesia, pues, fomenta lógicamente esto.

“¿Y qué le importa fomentar el adulterio, si hasta el horroroso incesto ha tenido asiento en ella? ¿Es necesario acaso nombrar a los papas y cardenales y a las Lucrecias Borgia, para cerciorarnos de ello?”

En procura de apoyo para sus proposiciones recuerda este párrafo de un discurso pronunciado por el doctor Francisco Barroetaveña:

“Así como se toma un remedio amargo para librarnos de una grave dolencia, el divorcio será el remedio amargo, si se quiere, pero al fin remedio que ha de librarnos de ese cáncer social, constituido por la prostitución letal a que están sometidos los matrimonios mal avenidos”.

Sigue: “Los espíritus timoratos, al oír hablar del divorcio, ya entreveen desuniones, familias desorganizadas, familias en las cuales se ha impuesto la discordia por obra del mismo. Pero es preciso comprender que el divorcio no es más el complemento necesario que la separación de cuerpos, complemento que da facultades para desprenderse definitivamente de una cadena por la cual los cónyuges están sujetos por la ley, cadena que constituye inmoralidad monstruosa, por cuanto ahoga en nombre de la ley misma, el sentimiento más grande que anima a los seres: el amor”.

Continúa hablando Carolina Muzilli: “Los hijos de hoy están llamados por lo demás a convertirse en los padres de mañana; y en un momento dado de su vida, tendrían derecho a acusar a la sociedad, no sin motivo, de haber, bajo pretexto de protegerlos en sus primeros años, pesado sobre su existencia entera haciéndola intolerable. Para satisfacer a los padres sería preciso que el interés de los hijos revistiese un interés social, y el divorcio, al arrebatárle las condiciones indispensables a su desarrollo, les impidiese llegar a hacer hombres útiles a la humanidad, tal como se dice en “hacia la unión libre”.

Agregan también los enemigos del divorcio que los matrimonios en discordia son tan pocos, que ni vale la pena hacer una ley que los ampare.

Dado el caso feliz de que existieran pocos matrimonios en esa forma, ¿no es deber de los representantes del pueblo pensar en ellos? ¿Acaso porque el mal existe en pequeña escala, es una negación del mal mismo?

Mientras en la humanidad exista un solo ser oprimido, mientras se levante una sola queja, allí donde surja el descontento tiene su razón de ser la acción por el mejoramiento social. ¿Cómo entonces no bregar en nuestro país por la implantación del divorcio absoluto?

El divorcio es una de las mejoras más urgentes y

trascendentales. Todo evoluciona, amoldándose al momento histórico porque se atraviesa, y no es posible mantener el vínculo matrimonial tal cual existía en la Edad Media.

La ley del divorcio tiende a regularizar, ante todo, la situación insostenible de la mujer en un caso de separación.

El divorcio será el gran regulador del equilibrio social; gracias a él se evitarán uniones adúlteras que crean una situación difícil y angustiante a los hijos habidos de esta unión".

Y finalizó con esta arenga:

"Luchemos porque el divorcio se imponga como ley; sanaremos en esta forma a la familia y devolveremos la paz y la tranquilidad a muchos hogares.

"Opongamos a la discordia el Amor, que es la suprema ley de los hombres. Al soplo benéfico del Amor, se dorarán las mieses, acariciados por el beso voluptuoso del Amor que emana su perfume de flores y de la armonía caprichosa que nos brinda la naturaleza: efecto del Amor!

"El Amor es vida, es luz! Reivindiquémoslo, haciendo que se imponga en los hogares, como suprema, como benéfica ley que hará prodigios".

Las palabras de cierre merecieron la adhesión del público que premió el final con una calurosa salva de aplausos, tan intensa como las que rubricaron los conceptos que llegaron más hondo al auditorio. No estará de más agregar aquí, que la disertación se prolongó por espacio de más de dos horas. Conviene tener presente que para su publicación la autora introdujo al texto original varios capítulos, entre éstos los correspondientes a las leyes promulgadas en Montevideo (República Oriental del Uruguay) entre los años 1910 y 1913, las que pusieron a la nación hermana a la cabeza de los países divorcistas del continente.

X

HABLAN SUS CONTEMPORANEOS

Alicia Moreau de Justo

La doctora Alicia Moreau de Justo recordó a Carolina Muzilli con afecto y simpatía. Confirmó lo que de ella dicen todos los que la conocieron y tuvieron oportunidad de comprobar su incansable afán por hacer cosas, muchas cosas. Sostuvo que toda su lucha fue inmedible dada su juventud y la enfermedad, cuya gravedad jamás le preocupó lo suficiente como para buscar una forma de amortiguarla.

Habla la autora de *Juan B. Justo y el socialismo*.

"Para ella lo primero era conquistar adeptos para los ideales que profesaba. Para esto se valía de todos los medios a su alcance. Pronunciaba conferencias en cualquier lugar donde hubiere un grupo de personas dispuestas a escuchar su voz; colaborando en las publicaciones abiertas al registro de la vida desde otro mundo, el de los marginados sin lugar para el respeto a su persona en las leyes que dicta el Congreso que, en las raras ocasiones en que muy de tarde en tarde les reconoce algún beneficio, éstos quedan detenidos en el camino. No debe olvidarse que siempre existieron depredadores de la fe en los postulados democráticos. Esperemos que los gobiernos representativos de la voluntad popular tengan poder suficiente, y albedrío, para hacer verdad los reconocimientos de las leyes, fruto, casi siempre, de ásperas campañas succionadoras de energías. Sólo así podrá alimentarse la esperanza que el futuro limpie de traidores este campo que debe ser asentamiento de quienes, creyendo en la justicia, anhelan vivir en justicia. Carolina Muzilli tenía carácter y entereza. Personalmente difundía *Tribuna Femenina*, distribuyéndola mano a mano en todos los lugares concurridos por mujeres. No tenía empacho, ni timidez, en penetrar en los bares para hablar con los tertulianos.

Esto que hoy parecería común y, estoy segura que no llamaría la atención del común de la gente, a principios de siglo, de este siglo cuyo advenimiento fue saludado como el de las luces; era entonces inusitado y como tal inconcebible y sometido a toda clase de diatribas. Nuestra compañera tenía "agallas" más que suficientes para acometer esta empresa y otras más riesgosas aun y eso que debía librar su batalla en dos frentes cerrados a la comprensión de una manera de ser singularísima. Debemos tener presente que a las dificultades de ambiente tenía que enfrentar la de su hogar en el cual no imperaba una comprensión y menos un clima de cordialidad para ella. Contó, eso sí, con la cariñosa emulación de su hermano José, joven que derrochaba su talento en las redacciones de los diarios y publicaba versos en las revistas. Con él partió rumbo a Córdoba en busca de remedio para su dolencia, una dolencia receptora de víctimas preferentemente elegidas en los sitios de trabajo; la mayoría insalubres. En esos lugares contrajo seguramente la enfermedad que consumió la envidiable fortaleza de esta muchacha con capacidad para embestir la pusilanimidad de un medio no muy proclive a ver su ideario con simpatía.

Edmundo Guibourg

De adolescente Edmundo Guibourg fue un asiduo del inolvidable café "Los Inmortales". Allí se vinculó con la gente de la farándula, lo que posiblemente influyó en la toma de la carta de ciudadanía farandulesca de su profesionalidad periodística. Durante muchos años ejerció la crítica teatral que lo reveló escritor de claro sentido en la expresión y justeza de sus análisis, cualidades que confirman todos sus trabajos publicados en suplementos y revistas del mayor prestigio. Con el seudónimo "Pucho" trasladó al papel los rasgos característicos de las grandes figuras nacionales y extranjeras del tinglado. Sus dibujos fueron tan apreciados como difundidos. Secretario de redacción unas veces y jefe de la sección teatros otras de *La Vanguardia*, actuó en ella hasta 1917, año en que pasó a revistar en *Crítica*. Conoció a Carolina Muzilli y recordó sus frecuentes visitas a la sede de la calle Defensa y Reconquista 675. Ordinariamente iba a entregar los originales de los artículos que más tarde publicaría el matutino fundado por Juan B. Justo. Sus comentarios descubrían una realidad desconocida para muchos de los habitantes del país. El autor de "La calle Corrientes" la recuerda como una animadora destacable del grupo de mujeres socialistas integrado por Fenia Cherkoff —pintora y escritora—; Victoria Gucovski —autora de "De tierra adentro"— y Juana María Betino —novelista de "Pá-

ginas de mi corazón"—. Carolina era la más joven de todas las nombradas pero se destacaba por su personalidad ratificada por la adhesión de algunas seguidoras como Raquel Caamaño y Ernestina Nelson. Su labor tuvo una intensidad que vistió de haceres la brevedad de su existir. Contó con una belleza que ella nada hacía por destacar.

Adelia Di Carlo

Adelia Di Carlo fue una de las primeras mujeres que abrazaron el periodismo a principios de siglo. En la redacción del diario *La Argentina* tenía a su cargo la sección marítimas. Para el cumplimiento de estas funciones concurría al puerto por las madrugadas, hora del arribo de los lujosos trasatlánticos que cubrían las líneas Europa-Buenos Aires y Nueva York-Buenos Aires. Luego pasó a *Caras y Caretas* donde hasta la fecha del retiro, dispuesto por la jubilación, tuvo a su cargo la sección infantil y el archivo del prestigioso semanario. Ya retirada de estas tareas, y posiblemente para cubrir su soledad, se afilió a la Unión Cívica Radical, agrupación en la que actuó durante algunos años al cabo de los cuales, y producida una molestia provocada por un desplante del presidente del comité parroquial, rompió lanzas con las huestes yrigoyenistas incorporándose al socialismo donde cumplió tareas promocionales. Había sido amiga de Carolina Muzilli de quien hablaba con indisimulable emoción. En reiteradas conversaciones, entre otras cosas, nos dijo que a todos llamaba la atención la poco común dinámica desplegada durante el Primer Congreso del Niño realizado en la Capital Federal por iniciativa de la doctora Julieta Lanteri. Las miradas de los presentes estaban fijadas en esa mujercita delgada, de estatura mediana y modesto aspecto, que rechazaba los ofrecimientos de pausa requerida por la necesidad de reposo. Ora presentaba trabajos a la consideración de los integrantes de las mesas de estudio; ora tomaba notas con destino a la crónica de *La Vanguardia*. De pronto, se la veía dirigirse apresuradamente a los recintos donde deliberaban otros núcleos, con la intención de aportar sus experiencias en materia de higiene, leyes laborales o sociología. Pero invariablemente atenta y pronta para oponerse al enunciado de principios arcaicos contrarios a los suyos francamente modernos y que rechazaban los paliativos que signan mejores efímeras. Ella preconizaba soluciones eficaces, totales. Deseaba que el éxito coronara de prestigio una asamblea cuya organización demandara tantos desvelos. En una palabra, tomaba como suya propia esa iniciativa humanitaria de la que se esperaban resultados fecundos para la clase desposeída de bienes y reconocimientos.

Su vasta cultura había sido lograda mediante un esfuerzo personal puesto al servicio de una inteligencia clara. Poseía especial versación en ciencias sociales fruto de la frecuentación de lecturas especializadas y de una persistente concurrencia a cursos de extensión universitaria que dictaban los alumnos de las distintas facultades de nuestra universidad en los centros y bibliotecas socialistas. Su periódico *Tribuna Femenina* era sostenido con el fruto de su trabajo de modista. La máquina de coser que concluyó agotando su existencia, constituyó fuente posibilitadora de los magros recursos empleados, casi íntegramente, para cubrir el déficit provocado por los gastos de impresión y el franqueo de los ejemplares enviados al interior. Lo demás era obra suya, así como la petición de las colaboraciones que conseguía de gente del partido o allegada. Esta misión no le resultaba difícil ya que la mayoría de los convocados aportaban de muy buena gana sus escritos. Ella misma, que por entonces militaba en el radicalismo, le prestaba ayuda y en varias ocasiones —no menos de cinco, afirmó— la acompañó hasta la imprenta secundándola en la corrección de las galeras. Sus escritos —por razones de militancia— aparecieron firmados con un seudónimo que si la memoria no le jugaba una mala pasada era Soledad Navarro. Recordaba que en la imprenta Carolina era una obrera más. Colaboraba hasta en la composición de los títulos y no se retiraba sin antes dar el visto bueno al primer ejemplar vomitado por la plana. Actuaba de una manera que de inmediato lograba simpatía, cariño y respeto, virtudes éstas que desde el momento de conocerla hacía que una se sintiera amiga suya. Se la veía mujer con mayúscula, una mujer como deseáramos tener muchas. Afirmaba reiteradamente que estaba segura que de esa admiración había surgido el paso dado para sumarse a las filas del socialismo.

Arnaldo Zibechi *

El Ateneo de Buenos Aires, que existió cerca de tres décadas asentado en el primer piso de la calle hoy llamada Hipólito Yrigoyen a pasos de Chacabuco, llenó un vacío allá por los años treinta al sesenta. Auspicia ciclos de conferencias y cursos de educación inte-

* Este diálogo tuvo lugar en el café "Los 3 Ases" de la calle Chacabuco entre Avenida de Mayo e Hipólito Yrigoyen por la década del cincuenta. Zibechi no militaba ya en el comunismo. Pasada una temporada de ausencia retornó al Ateneo, ya muy disminuido físicamente, poco después desaparecía sin que supiéramos nada de él.

gral. No hacía preferencias sectoriales pero todos los actos eran señalantes de una irrenunciable vocación democrática. La asistencia de público regularmente superaba el centenar, entre mujeres y hombres, prevaleciendo la gente mayor, especialmente los días sábados. Con frecuencia se suscitaban debates, no para provocar incidentes, sí en procura del esclarecimiento de las ideas expuestas por los conferenciantes. Asiduo a estos encuentros —que alguno bautizara cita de "soledosos"— era Arnaldo Zibechi, hermano de Pedro Zibechi, militantes ambos del partido Socialista hasta la división que dio surgimiento al partido Socialista Internacional, simiente que con la suma de los "terceristas" del diecinueve constituyó el Partido Comunista. Pedro con José F. Penelón fueron electos concejales metropolitanos favorecidos por la Ley Orgánica Municipal de Mario Bravo que disponía el sistema proporcional, agregado a la ventaja del mayor residuo acordado para los partidos que no alcanzaran la cantidad de votos fijados por el cociente. Arnaldo Zibechi recordaba admirativamente su amistad con Carolina Muzilli a la que había conocido y tratado en el Centro de la seccional 12 donde ambos estaban afiliados. La sede del mismo funcionaba en una casa baja, con sala y balcón que daban a la calle San Juan angosta, como entonces lo eran también las hoy avenidas Garay, Independencia, Belgrano, Corrientes, Córdoba y Santa Fe. Participaban de las asambleas y, en ocasiones, integraron la comisión de cultura que atendía la biblioteca y patrocinaba actos doctrinarios consistentes en lecturas comentadas y periódicos orales. Una noche, ya en el bar y ante sendos pocillos contentes de tibios cafés, le preguntamos acerca de los motivos que avalaban su indisimulada admiración por la abanderada —así la llamaban cuando omitía el nombre— de la defensora de los derechos del niño y de las mujeres. Esta fue su respuesta:

—Mirada como se la mirara aparecía como lo que era: un ser excepcional. Incansable en el trabajo proselitista. Rechazaba todo connubio con el cansancio. Haciendo cosas quebraba la indiferencia ambiente. Redactaba *Tribuna Femenina* desde el editorial hasta la más breve gacetilla. Todo lo no firmado le pertenecía. Este trabajo lo hacía en su casa, junto a la máquina de coser que utilizaba para sus costuras, pero eso no la conformaba. Creía que había que salir, hablar con los que andan. Enfrentarlos y valiéndose de un ardid cualquiera provocar la charla, obtenida ésta hablar, hablar con palabras sencillas, de esas que todos pueden entender. Entraba en los conventillos sin golpear las manos, sin anunciarse. Preguntaba el nombre del interlocutor o interlocutora para después llamarlos por su apelativo. Decía que así se "entraba" más fácilmente.

Era persistente en eso de encontrar una mejor manera de lograr la atención del oyente. En cierta ocasión, una señora que seguramente no había cumplido treinta años pero representaría el doble si la vejez no hubiera sido traicionada por la persistencia de algunos rasgos empenados en denunciar cierta frescura, lloraba sentada en el umbral de la puerta de su pieza. Le preguntamos por el sucedido causante de sus lágrimas. Respondió de esta manera:

—Siete de las doce familias del inquilinato estamos desalojadas. El lunes nos sacarán al patio todo lo nuestro. No tengo marido pero sí seis hijos que, en este momento, están dos en el atrio de la iglesia y los demás en la estación Once pidiendo limosna. Y de lo que con-sigan depende que podamos comer hoy.

Carolina, con una voz que el sufrimiento hacía ape-nas audible, preguntó:

—Pero ¿usted no tiene nada, de nada?

—¡Nada!

—¿Cómo se llama?

—Nicolasa. Si al menos contara con un hombre a mi lado, aunque sólo fuese para poner un poco de orden. Los varones los respetan más. Yo no puedo con ellos. ¡Son traviesos! A veces, sin importarle la falta de comida juegan a “cara o cruz” las monedas que consi-guen contando su hambre a las gentes de cuello duro. Fuimos con las vecinas a la comisaría con la esperanza de poder ablandarle el corazón al comisario, pero todo fue inútil. Nos hizo atender por un “oficialito” que nos sacó como rata por tirante...

Intervino Carolina para inquirirle:

—¿Qué le dijo, Nicolasa?

—Sencillamente que este problema no correspondía a la función de la repartición policial. Que nos arreglá-ramos entre nosotros y que el lunes tengamos las piezas vacías, ya que al mediodía vendrían los nuevos in-quilinos.

Nos miramos y salimos a la calle, previa seguridad de pronto retorno. Ya alejados reunimos los níqueles que teníamos los dos comprobando que podíamos dispo-ner de un peso con cuarenta centavos. De esa suma re-servamos veinte para el tranvía y aprovechamos la pre-sencia del carro de la “Panificación Argentina” que en la esquina vendía un kilo de pan por veinte la pieza. Compramos y retornamos al conventillo con la merca-dería adquirida. Nicolasa la recibió menos compungida y nos prometió hacer una distribución justa con los demás desalojados.

Esta no era ninguna solución así que después de andar unas cuadras nos detuvimos como si de pronto hubiéramos dado con una idea clarificadora. Sin circun-loquios Carolina me preguntó:

—¿Usted cree que haciendo lo que hemos hecho, obra-mos bien?

Como mi respuesta demorara, ella insistió:

—¿No está seguro, verdad? ¡Yo sí!

Más resuelto intenté responder a este interrogante:

—Siendo así, ¿qué vale una contestación mía si usted, compañera, tiene hecha ya su composición de lugar?

Previendo, posiblemente, haberme contrariado, en to-no coloquial formuló este comentario:

—La verdad es que en ocasiones como éstas me siento sola, necesito colaboración. Quisiera tener a mi lado mu-chos como usted que no sólo ponen el hombro... Estoy segura que actitudes como las de hace un rato no ayu-dan a superar problemas que tienen un origen cuya fuente son las que deben extirparse. Sin embargo pro-metimos una solución a una angustiante falta de techo y debemos conseguirla antes del lunes...

Como su excitación crecía por segundos, procuré darle un descanso preguntándole:

—¿Cómo podríamos?

—Sencillamente, a la vuelta de la esquina está el domicilio del compañero Angel M. Giménez, elegido diputado en 1914. El posee dos fortunas: la del dinero y de que él sea producto de una herencia, es decir no fruto de una explotación propia. Además, su capacidad de comprensión es tan grande como su inteligencia, capacidad de servicio y “gordura” —acotó sonriendo.

Tomados de la mano llegamos hasta el consultorio del médico fundador de la Sociedad Luz, quien después de escuchar nuestra inquietud nos hizo entrega de un billete de cien pesos sin pensar, seguramente, que con esa acción aparentemente simple se había logrado el epílogo de una tragedia, una entre millares cuyas solu-ciones superaban las posibilidades de la buena voluntad de la gente bien intencionada, que debía haber más de una, inclusive entre la que usa cuello duro.

Arnaldo Zibechi siguió hablando. Muchas facetas de Carolina desfilaron a través de su radiografía oral. Puso especial énfasis en mencionar otro de los enfo-ques doctrinarios que hacían al accionar de la compa-ñera. Pero que está ya comentado en otras páginas de este trabajo.

Alfonsina Storni

En el subsuelo del ya tradicional Café Tortoni fun-cionaba una entidad llamada “La Peña”. Buenos Aires vivía por entonces una época proclive a secundar los despertares artísticos. La poesía y la plástica eran los favorecidos en las predilecciones de creadores y gusta-dores. En gran número unos y otros concurrían a las frecuentes reuniones organizadas para deleitar con bue-

na música. Juan de Dios Filiberto arrancaba del teclado del piano de "cola" —adquirido mediante aportes espontáneos— las notas precursoras de composiciones que, como "Caminito" y "Clavel del aire", llegaron a recorrer todos los caminos del mundo y la poesía con acento nuevo en la voz de Alfonsina Storni y Beatriz Eguía Muñoz entre otros valores. Con Alfonsina manteníamos una relación cordial, tanto que no tuvimos inconveniente en complimentar el cometido que nos encomendara la Comisión Directiva de la biblioteca "Fenia Cherkoff" que, con el propósito de hacer frente a la erogación demandada por la necesidad de adquirir libros imprescindibles para la actualización del haber bibliográfico, había dispuesto llevar a cabo una exposición de flores para la cual se tenía gestionado, con éxito, donativos en los negocios especializados en el ramo, ubicados en Flores y Vélez Sarsfield. Estos aportes sumaron más de un centenar. La muestra debía inaugurarse con un recital poético y clausurarse al día siguiente con un remate de los aportes. Para el inicio era menester la colaboración de un nombre con "arrastre". Todos coincidieron en que ella podía ser la autora de "Inquietud del rosal", libro primigenio que la responsable resolvió arrojar al Leteo pese al prólogo encomiástico de Julián de Charras. Cuando le hablamos de la iniciativa Alfonsina la celebró comprometiéndolo desde el vamos su presencia y la intervención que creyéramos pudiese ser de utilidad. Autorizó también el uso de su nombre. Como faltaba todavía una hora para el comienzo de la tertulia y la concurrencia estaba aún limitada a tres personas —una pareja y un solitario— resolvimos pasar al salón para gustar un café. La conversación tomó otro rumbo. No podemos precisar la circunstancia que medió para que hiciéramos escala en las mujeres que algo o mucho hicieron o hacían en pro del mejoramiento social —Julieta Lanteri era noticia por su elogiado, tanto como ridiculizado, ensayo de voto femenino—, desfilando algunos otros nombres: Mariquita Sánchez, Juana Manso, Juana Manuela Gorriti, Alicia Moreau, Victorina Malharro, Raquel Caamaño, Carolina Muzilli... De pronto, resolvimos dedicar a la autora de "El trabajo femenino" un punto y aparte, expresando a propósito de ella:

—"Yo soñaba con formar un poderoso sector femenino en mi partido consagrado a las mujeres del pueblo, hermanas mías todas ellas de las que sólo me he apartado para estudiar de cerca a nuestros enemigos. Este sector, vigorizado y engrandecido, echaría —llegado el momento— los cimientos de una legislación reconocedora de los derechos de gentes. Tendría fuerza para liberarnos de la letra muerta que provoca la repulsa de las víctimas de estos olvidos".

XI

IDEARIO DE UNA LUCHADORA

Higiene social

La alimentación deficiente de las clases populares constituye una de las poderosas causas motivadoras de la inferioridad física de las personas pertenecientes a ella.

*

La experiencia demuestra que la disminución de la jornada de labor redundará directamente en el mejoramiento de la producción por cuanto, hallándose el obrero libre de las toxinas que el día anterior acumula, no sólo tiene mayor soltura en sus músculos sino que su sensibilidad psíquica e intelectual lo pone en condiciones de poder prestar mayor atención, mayor dedicación a su trabajo.

*

La fatiga contribuye grandemente a la disminución de la natalidad y a la mortalidad infantil, causa de degeneración de la raza.

Política

Nuestra política tuvo como consecuencia un marcado sello de barbarie. La que había hecho la soldadesca en los campos de batalla lo repitieron en la vida civil.

*

La montonera empleada por los caudillos para revivir las guerras civiles fueron, luego, utilizadas por la oligarquía para las tareas del campo que se inculcaron en

beneficio de los dueños de la tierra, los que pese a las enormes extensiones de sus feudos, negaban a sus obreros un breve terreno para levantar el rancho, albergue de la familia pensada, pocas veces real.

Mientras en la humanidad exista un solo ser oprimido, mientras se levante una sola queja, allí donde surja el descontento tiene su razón de ser la acción en pro del mejoramiento social.

El matrimonio ha sido, y es, una cuestión de interés en los cuales, la mayoría de las veces, la mujer no interviene como copartícipe de ellos. No tenemos más que dar una mirada retrospectiva y recorrer muy a la ligera, desde la época en que la mujer era objeto de compra y venta hasta hoy, que se la excluye de los intereses del convenio matrimonial; para cerciorarnos de que en todos los tiempos de la vida el matrimonio, tal cual existe, ha sido y es una institución de privilegios.

Si las costumbres sociales no aseguran la felicidad del pueblo es por que no están hechas a la medida de la naturaleza de las cosas.

La verdad engendra el goce, así como el error engendra el dolor. Debemos entonces luchar para asegurar la mayor suma de felicidad al género humano.

Para lograr un país justo debemos prever el porvenir, esto es el trabajo de los niños y de las mujeres que la industria explota inhumanamente creando un clima de odios y rencores. Hagamos que la legislación que se hace para bien de todos, alcance también a los más débiles. No mantengamos el ambiente propicio para el desarrollo de las víboras que, luego, forzosamente, han de morder inyectando su veneno a una sociedad enferma de indiferencia.

La paz perpetua, la que nunca, jamás, puede ser interrumpida por la codicia de los poderosos, sólo podrá hacerse posible desde la cuna. Pero esto será posible

cuando las madres inculquen en el alma de sus hijos —suave y dócil, como la cera— ideas y sentimientos de odio y venganza. ¿Será posible, mientras le den el ejemplo de esta misma venganza, castigándolos brutalmente? ¡No! La educación absurda que los niños reciben en el hogar, se prolonga en la escuela con la inculcación de un malentendido patriotismo, coreográfico y militar por excelencia.

Fatalidad es un término por demás gastado y de aplicación infinita. Para el abúlico entendimiento de nuestro pueblo, que por algo ha recibido una herencia de enervamiento, todo se debe a la fatalidad, todo está escrito. Es un recurso extraordinariamente cómodo que permite al cerebro permanecer inactivo. Así, si una profunda crisis perturba la vida económica de la nación, si el alcoholismo flagela la raza, si el analfabetismo continúa esparciendo su sombra embrutecedora, todo se deberá a la fatalidad.

Escuela

Cuando hablamos de escuela, no entendemos decir únicamente el edificio donde la maestra imparte conocimientos a sus pequeños alumnos. Nos referimos a una escuela integral que debe comenzar, lógicamente, desde el nacimiento del niño y debe ser impartido especialmente por la madre. A la madre le corresponde el supremo deber de ser la educadora de sus hijos, en la seguridad de que, de saber hacerlo, lo hará con mayor eficacia que la maestra profesional.

La misión de la mujer debe ser la de madre y educadora, dos términos que, bien se ve, se confunden indisolublemente.

El niño de hoy es el adolescente. El joven de mañana será, a su vez, el hombre que formará un hogar y tendrá hijos a su vez. No olvidemos que en la escuela su cerebro se puebla de imágenes, de dolores, de recuerdos, de impresiones, de ideas de las cuales surgirá toda su vida pensante. Tengamos presente que la escuela es el taller preparatorio de la vida. Preciso es sustanciarla mediante la inserción de prácticas y métodos con los cuales se habrá familiarizado en el colegio. El que tiene la infancia tiene la humanidad entera.

Alimentación

Si la técnica puede demostrar el estado de adelanto, de progreso de un pueblo, no es menos cierto que la alimentación, el vestido y la vivienda pueden dar la medida de su progreso efectivo, no sólo en cuanto la disfrutan, que es lo que interesa, ya que si el progreso es una realización del hombre las conquistas deben ser para los hombres y no para las estrellas que tan lejos están de nosotros.

*

La mortalidad infantil, consecuencia directa del desequilibrado régimen social actual, se debe a una serie de factores económico-sociales derivados de un cúmulo de circunstancias que comienzan en el período de gestación, sigue con el nacimiento y lo acompañan durante el desarrollo transmitiéndose luego por herencia. Sin olvidar que tiene su origen en la mala alimentación, en el exceso de trabajo, en la falta de higiene y en la mala vivienda.

*

La salud obrera, puesta a prueba por una jornada excesiva de labor, por una alimentación perturbada, a veces, por libaciones alcohólicas será el más fácil promotor de la tuberculosis.

La mujer

Si la mujer viene invadiendo, poco a poco, campos en los que sólo el hombre había actuado, ello se debe a sus buenas cualidades, tan buenas como las de ellos y en muchos casos más ventajosas.

*

Bienvenido el afán de ilustración y mejoramiento en la mujer. Por él nos es dado conocer a mujeres admirables como Madame Curie, cuyos descubrimientos científicos asombran al mundo —esposa, amante, y compañera de un gran sabio como ella—; como Ellen Key, la notable pedagoga sueca; como Alejandra Ravizza, la "Santa laica" de Milán; escritoras como Matilde Serao y Emilia Pardo Bazán, feministas a pesar de multideclarado antifeminismo.

*

No queremos a la mujer esclava de prejuicios, no la deseamos presa codiciada para la explotación del taller.

Queremos que obtenga los derechos que le corresponden como ser humano y que pueda participar en el elevado banquete del espíritu. ¡Ojalá no esté lejano el día en que adquiera ese derecho! ¡Lo logrará cuando sea alejada del taller y de la fábrica donde, hasta el presente, marchita su juventud!

El divorcio

Debemos abogar para que la ley matrimonial se humanice mediante la implantación del divorcio que reparará los errores, imposibles de evitar en las relaciones afectivas.

*

El amor, como todo sentimiento, nace, se agiganta y puede morir. No es posible condenar a dos seres que han dejado de quererse a una vida en común que convertirá al matrimonio en una tumba en vida.

*

Para quitar la facultad de la mitad del género humano que tiene sobre la otra mitad, los códigos reconocen el derecho de los maridos a "lavar con sangre el adulterio cometido por su mujer". Para este esperpento tendremos la ley de divorcio que otorgará a ambos cónyuges, en especial a las casadas, el derecho inalienable de ser consideradas iguales ante la sociedad.

*

Todas las etapas de la civilización tienen deficiencias que subsanar, las mismas que un período de tiempo lega al otro en el incesante devenir social. Todas las épocas de la vida, de las razas, han tenido y tienen deficiencias, pero ¿podemos creer con esto que cada época debe legarnos también una serie de prejuicios? ¡No! ¿La razón sería desconocer el incesante trabajo realizado por generaciones enteras preocupadas en empujar las ideas de cambio, de progreso? Por eso las naciones deben subsanar las deficiencias de su legislación amoldando sus actos a las exigencias del momento histórico.

*

Una ley de divorcio no se dictará para someter a ella a los matrimonios bien avenidos, tampoco a aquellas parejas que lo rechacen. Así como no se hace una operación quirúrgica a ningún ser que no la necesita, él será inaplicable a quienes no la precisen.

La religión

Una encuesta, que ha dado oportunidad a que la mujer se exprese libremente, debe haber sorprendido a la opinión pública ya que un porcentage, que supera la cuarta parte de las participantes, sostiene que considera de mal gusto educar a nuestro sexo fuera de toda influencia religiosa. Quienes así opinan olvidan los caminos conductores al goce de las delicias de vivir en un verdadero paraíso pero, aquí, en esta tierra donde trabajamos, sufrimos, soñamos... y moriremos ¡nada de utopías celestiales!

*

Cuando nuestro pueblo abandone toda especie de fanatismo para examinar libremente los fenómenos naturales y sociales, la larva —de que habla Agustín Alvarez en *Creación del mundo moral*— se transformará en libélula perfecta. Cuando se deja de practicar el "libre examen" de las ideas permitiendo que éstas se estancuen, sin recoger las reformas adaptadas a los tiempos que se viven; aquéllas fatalmente se convierten en dogma, ya sea negro o de otro matiz, siempre será igualmente pernicioso.

XII

MUTIS DE CAROLINA MUZILLI

En 1917, la guerra reduce, en Europa, a escombros ciudades y haceres de la inteligencia del hombre golpeando las puertas de nuestro continente. El 4 de febrero se produce la ruptura de relaciones entre Alemania y Estados Unidos, anticipo de una participación activa en la contienda que resuelve el Senado norteamericano declarando el 20 de abril la guerra a la Triple Alianza (Alemania-Austria-Hungría y Turquía). Al día siguiente Cuba firma el estado de guerra con Alemania y el 26, el gobierno de nuestro vecino Brasil hace otro tanto. Empero en nuestro país, el presidente Hipólito Yrigoyen, consecuente con sus reiteradas declaraciones pacifistas ratifica la neutralidad argentina. El presidente, impermeable a los reclamos de las frecuentes manifestaciones populares que en la calle piden a gritos una ruptura de relaciones. Una de estas expresiones epíloga con el incendio del Club Alemán. Esa misma jornada nuestro canciller entrega sus pasaportes al representante diplomático del Kaiser, conde Carlón Lukburg —el de "hundir sin dejar rastros"— previa declaración de "persona no grata". El 8 de marzo cuando —a estar de los anunciados de los cables nada lo hacía prever— Rusia sorprendía al mundo con una noticia realmente conmocionadora: En el principal boulevard de Petrogrado, un escuadrón de cosacos destacado para sofocar disturbios callejeros provocados por multitudes hambrientas, avanza al galope en actitud benévola saludando cordialmente los aplausos de los exaltados. Esta conducta fue sólo el preámbulo de una revolución recibida con general simpatía, la que instala un régimen presidido por Kerenski. El 28 de febrero muere en La Plata Pedro B. Palacios —Almafuerte— seguido, unos meses después, por ese gran pensador que fue José

Enrique Rodó. Con la información de estos hechos registrados fielmente por *La Vanguardia*, sus lectores van conociendo las alternativas del mal que ha llevado a Carolina Muzilli a Córdoba, Bialet Massé, para ser exactos. Las noticias no son nada optimistas. De un día para otro se espera un desenlace fatal. Este se produjo el 23 de marzo. Un día después, el citado cotidiano publica una gacetilla reducida a once líneas dando la información que, no por prevista, deja de cavar hondo en el sentir de los militantes socialistas y, especialmente en las mujeres y en los niños, principales destinatarios de sus afanes. Prometía ocuparse al día siguiente en extenso de la personalidad de la extinta, ya que la hora en que había llegado el telegrama no permitía hacerlo con la extensión requerida por la personalidad de tan empeñosa militante.

Tal como se anunciara, la jornada siguiente en primera página del periódico fundado por Juan B. Justo, Pallarés Acebal en un artículo intitulado *Crepúsculo de los dioses*, dice: "La ninfa eslava, la mítica 'vila' enamorada de la danza, muere como Dido, cuando un extranjero le arranca un cabello de oro. Igualmente va a hundirse la burocracia rusa porque el pueblo eslavo, en son de fiesta cívica, ha arrancado del haz de la tierra el trono de oro que sustentaba la figura alucinada de Nicolás II, el Desterrado".

Los Centros Socialistas de Caseros, provincia de Buenos Aires y de la sección 5ª de Flores (Capital) felicitan a los obreros rusos por su valiente actitud al derribar la autocracia de los Romanoff el primero y el metropolitano saluda con júbilo el advenimiento de la democracia en Rusia. En Buenos Aires la huelga de los marítimos tiene "parados" a quince mil obreros. La asamblea realizada en la víspera crítica al Intendente, que se vale de todos los medios a su alcance para impedir una solución favorable al conflicto.

En la misma página, con título a dos columnas y foto de Carolina a una, se lee:

"De origen muy humilde, educada por su propia iniciativa entre las exigencias y estrecheces de la vida obrera supo, desde muy joven, destacarse en el movimiento socialista. De un temperamento ardiente, aunque de un físico delicado, la señorita Muzilli dedicó sus mejores años a trabajos que necesitaban de una energía poco común. Veló constantemente por el cumplimiento de las leyes obreras, sobre todo por las que reglamentan el trabajo de la mujer y del niño.

Gracias a su voluntad inquebrantable, a un tesón y a una perseverancia poco comunes, Carolina Muzilli supo conquistar, entre los escritores que se dedican al estudio de las cuestiones sociales, un puesto de consideración y de respeto. Y la obra de la señorita Muzilli

ha sido y es tanto más apreciable cuanto más se considera que en nuestro país no han sido temas muy tratados los que ejercieron tanta sugestión en el espíritu de la inolvidable compañera.

Fue Carolina Muzilli de una actividad poco común. Repartía el tiempo entre el estudio, la inspección de fábricas, velando siempre por el cumplimiento de las leyes obreras.

En octubre de 1913 se presentó a la exposición del Congreso Nacional del Niño, reunido en Buenos Aires, un estudio titulado "El trabajo de la mujer y del niño. La madre y el menor obrero. Alcoholismo", premiado con gran diploma de honor y el único premio en dinero. El mismo año presentó en la exposición de Gantes (Bélgica) un trabajo titulado "El trabajo femenino" distinguido con diploma y medalla de plata por la sección economía social.

Otro estudio titulado "El trabajo de las mujeres y los niños en nuestro país con documentación estadística y diagrama" fue galardonado con diploma y medalla de plata en la exposición de San Francisco, año 1915. Fue directora del periódico *Tribuna Femenina* y colaboró asiduamente en *La Vanguardia* en cuyas columnas apareció últimamente un estudio titulado "El mejor factor eugénico". La señorita Muzilli fue una mujer de apreciables energías, cuya muerte será lamentada por todos los militantes socialistas".

Humanidad Nueva de abril de 1917 publica juntamente con un trabajo de la extinta intitulado "El menor obrero" y fotografía a toda página con un epígrafe que dice: "Distinguida escritora y propagandista socialista", la siguiente nota necrológica:

"La causa de los humildes y desheredados ha perdido una buena obrera; ha desaparecido una mujer dedicada por completo a ello. Obrera ella misma, habiendo sentido las mismas angustias, habiendo debido vencer los obstáculos que se oponen al avance de todos los que parten de abajo, podía comprender y sentir claramente la situación de aquellos a quien se dedicara, ya formada y esclarecida su mente.

"Carolina Muzilli es un ejemplo de lo que puede la voluntad tenaz de perfeccionarse y elevarse, un ejemplo de dedicación al trabajo, al estudio. Encontrábamos en ella esa decisión, esa sinceridad, ese valor de las opiniones que falta a tantas mujeres más afortunadas que ella en la situación o en el título.

"Cuando después de lento trabajo de autoformación, su espíritu nutrido y vuelto más sereno empezaba a producir dentro de formas más metódicas, cuando en una palabra, íbamos a poder juzgar de su total capacidad de producción, la enfermedad la hiere. En poco

tiempo el mal avanza y cae, en plena conciencia de su sufrimiento y de su desventurada suerte. La muerte provoca siempre un sentimiento de dolor, pero cuando hiere un ser joven lleno de promesas como Carolina Muzilli, parecemos una sombría injusticia."

La Nación del 25 de marzo de 1917, se hizo eco de esta manera:

"En los círculos intelectuales, tanto como en los centros de propaganda socialista, se destacaba como una bella personalidad femenina la señorita Carolina Muzilli, cuyo fallecimiento bien lamentable por cierto, ha ocurrido ayer en Biale Massé, Córdoba, donde fuera en busca de clima propicio a su quebrantada salud.

"Por su juventud puede decirse que estaba todavía en los comienzos de su ya apreciable labor intelectual. Sus composiciones literarias y artículos de doctrina filosófica y de crítica, su estilo ágil y lleno de ardiente sinceridad, parecían el preludio de una obra que se señalara con alto prestigio en nuestro ambiente.

"Por otra parte, el tesón de su propaganda social, la fe que había en su palabra, su bello espíritu de luchadora infatigable, suscitaban inmediatamente la consideración y la simpatía. Carolina Muzilli se prodigaba en conferencias, discursos, libros y folletos de tesis e iniciativas siempre útiles y oportunas".

Después de hacer referencia a los premios obtenidos y a los libros publicados, la nota concluye:

"El porvenir social de la mujer y del niño eran una preocupación constante de su espíritu, ansioso de sacrificarse por las ideas y por los propósitos altos que movían su febril actividad. Inspectora del Departamento Nacional del Trabajo, desempeñaba este cargo no como una simple función pública haciendo de él un verdadero apostolado. No cesaba de visitar asiduamente los conventillos, los barrios fabriles, todos los sitios donde su presencia y su actuación pudieran representar un amparo de los desheredados, una protección contra los abusos, una propaganda para su ideal de reparación y de justicia".

"Falleció en Biale Massé (Córdoba) la activa propagandista de los ideales sustentados por la clase obrera a los que consagró por entero su vida. De humilde origen descolló en su labor intelectual gracias al singular tesón que siempre puso en sus estudios jurídicos y sociales. Sobresalió sin poseer títulos universitarios y se destacó por su espíritu de organización y de trabajo que fue un principal elemento para asegurar el éxito del Congreso Nacional del Niño, reunido en Buenos Ai-

res en 1913, en donde presentó un estudio "El trabajo de la mujer y el niño. La madre y el menor obrero. Alcoholismo", obteniendo el gran diploma de honor y el único premio en dinero. En la Exposición Internacional de Gantes, presentó ese mismo año otro aporte: "El trabajo femenino" que mereció diploma y medalla de plata.

"En San Francisco de California, en 1915, otro de sus estudios fue premiado con diploma y medalla de plata.

"Escribió 'El divorcio' con prólogo de Agustín Alvarez, 'La madre obrera', 'El menor obrero' y 'Por la salud de la raza'. *La Prensa*, 25 de marzo de 1917.

XIII

EXEQUIAS DE CAROLINA

Los diarios capitalinos del 28 de marzo de 1917 publicaron, en su columna de avisos fúnebres, el siguiente:

Carolina Muzilli, Q.E.P.D. falleció en Biale Massé (provincia de Córdoba) el 23 de marzo de 1917. Sus padres, Cayetano Muzilli y Victoria C. de Muzilli; sus hermanos Francisco, María Rosa, Filomena y José; sus sobrinos y demás deudos invitan a sus relaciones, a acompañar los restos de la extinta al cementerio del Norte hoy miércoles 28, a las 9.30 a.m. El cortejo partirá de la estación Retiro (Nuevo). El cadáver será sepultado en la bóveda de la familia del malogrado pensador doctor Agustín Alvarez, cedida gentilmente. Nota: Carruajes de la casa Iribarne (hijos de Juan Iribarne) Callao 416.

Una concurrencia numerosa y dolorida respondió al anuncio. Junto a la bóveda habló en nombre de la "Universidad Libre", don Gregorio Bergmann, quien dijo:

"Señores, amigos: La Universidad Libre cumple, por mi intermedio, con el penoso deber de rendir alto y justiciero homenaje a la que fue entusiasta colaboradora en toda obra de educación popular, a la ferviente idealista, a la amiga lealísima, a la señorita Carolina Muzilli.

¡Ha muerto Carolina Muzilli! Una oleada de dolor sube a nuestro corazón. ¡De modo que aquella mujer, del más variado ramillete de cosas santas de pasiones femeninas, angustiosamente afectada por todas las miserias, ardorosamente combativa contra la injusticia, esa mujer excepcional ha dejado de ser! ¡Y de qué manera! Padeciendo del mismo mal que aquella otra altísima mujer, hermana suya en ideal: Raquel Caamaño. Y por cierto que no ha adquirido esa enfermedad en los 'sarraos', como cualquier niña de sociedad. Ella ha bebido

su contagio casi deleitosamente, en su fuente misma, en las miserables habitaciones de los trabajadores, de las mujeres de su clase adonde fuera a investigar el origen de la miseria, del dolor, de su agotamiento prematuro. ¡Y vaya si lo halló! Los males que roían a la sociedad se infiltraron en sus entrañas, y padeció con todos ellos, gritando a todos los vientos, a quienes querían y aquellos otros que no querían oír, los dolores de las clases humildes, de esta misma clase, de la que ¡mérito inmenso! su talento instintivo y profundo la había hecho surgir con poderoso esfuerzo.

Hay temperamentos líricos que se complacen en soñar sus penas. Hay estudiosos que auscultan con severo criterio el alma de las cosas. Carolina Muzilli vivía, en cambio, sus obras. Sus escritos son trozos palpitantes de vida transportados al papel. Su claro talento penetraba la realidad y su corazón interpretaba los hechos de vigorosa manera.

No puso su acción a la orden de fugaces menesteres, ni de frívolas cuestiones. Siempre su acción, sus palabras, sus escritos, abogaron por causas nobles; emancipadas de prejuicios y de falsos convencionalismos, trabajó con fervor por la liberación de los trabajadores, por la reivindicación de la mujer y aguzó todas sus defensas por el niño, al que hizo objeto de su tierna predilección. Al presentar a Carolina Muzilli al público de la Universidad Libre, recordamos haber dicho que desde la edad en que las niñas juegan aún con sus muñecas, ella se había entregado por completo al ideal socialista; y por el mejoramiento social agotó también sus postreras energías. Ya antes de partir para Córdoba, previendo su no lejano fin, me decía que no volvería ya. Aun entonces, se encerró en su casa, privada de sol y de aire, desoyendo los solícitos consejos de los suyos, para hacer su último trabajo, los cinco artículos que aparecieron en *La Vanguardia* bajo el título "El mejor factor eugénico" y en tanto ella se moría. Dolorosa ironía: Terminado su trabajo, dijo: "Mamá: ahora ya puedo morir". ¡Admiremos a esta heroica mujer!

Y en tanto que se debilitaba más y más su organismo, terminó su libro "Por la salud de la raza", ¡siempre para los demás! que no logró dar a luz. Nos hacemos un deber en publicar ese libro suyo. Ella flageló con varonil firmeza las actitudes pobres y mezquinas. Era en sus procederdes desnuda y agresiva como la verdad en marcha. Y por ello ¡cuánto fue desgarrado su corazón! ¡Cuánto fue mordida por los pobres de alma!

¡Y así yace inerte e infecunda la que fue toda pasión amorosa e irradiadora de luz! ¡Aquí yace la que fue semillero de ilusiones, la que soñara sonrientes auroras, horizontes azules!

Diré como el poeta: Así como el sol cuando se esconde tras la montaña se muestra en toda su belleza, así se reconocerán, después de caída, las virtudes que adornaban a esta buena y excepcional mujer.

Llegarán en sentimental procesión a su tumba los humildes, que sabían en ella una encarnizada defensora, y todos llegarán a su tumba para depositar simbólicas rosas té, rojos claveles, jazmines olorosos...

Señores, amigos; imitemos, recordemos, amemos".

Habló también en el acto Tito Livio Foppa en nombre del Círculo de la Prensa y se produjo un incidente ante la oposición de los presentes a que hiciera uso de la palabra otro orador.

XIV

UNA ESQUELA DE CAROLINA

Por gentileza del biógrafo de Alfonsina Storni, Carlos Alberto Andreola, poseemos esta esquila de Carolina Muzilli remitida desde Buenos Aires el 13 de setiembre de 1916 —lo prueba el matasellos del sobre— dirigida al profesor Roberto F. Giusti. La posesión de este original —inédito hasta el momento— nos sugirió la idea de consultar al grafólogo, escritor Manuel Kirs, quien nos ha facilitado el siguiente estudio: "Conmueve al analista de este grafismo el significado grafológico de los renglones muy caídos hacia la derecha que expresan una abatimiento de espíritu pero que lucha en cada palabra, por superarlo y vencerlo. Para esta lucha íntima, la batalladora escritora está dotada de una sensibilidad fina y activa, de una voluntad decidida y de un carácter fuerte bien estructurado.

Los rasgos que pueden discriminarse de las "t", con las tildes enérgicamente lanzadas; los palos de las "p" impulsados hacia la zona superior; el orden consciente; la disciplina rigurosa sin dureza y los espacios blancos, terminan por revelarnos un espíritu superior, generoso, pleno de ideales altruistas y, por sobre todo, una acción realizadora, concreta, práctica, realista.

He comenzado este análisis grafológico confiando que me sentía conmovido por este grafismo, porque emociona percibir que paralelamente a una personalidad activa, vibrante y generosa, hay una sombra de abatimiento. Permítaseme decir también que este personaje no ha disminuido su voluntad de cumplir con sus ideales aun ante la proximidad vislumbradora de la muerte. Buenos Aires, 17 de julio de 1984".

Carolina Spitzli ^{habida} ^{es} ^{totalmente} ^{al} ^{distinguir}
amigo Roberto F. Guiral y le manifestó que by ha
venado el número de la revista y ha dejado un pagi-
na prometida en blanco en espera de que harte mania
na ha de mandarle el artículo. ^{Se} ^{vega} ^{de} ^{que} ^{en}
carr de serle imprimible le escrita dos líneas para sal-
a que atenezse. ^{Se} ^{vega} ^{valde} ^{en} ^{su} ^{nombre}
en distinguida sentir.

XV

UNA BIBLIOTECA EN VELEZ SÁRSFIELD *

En el lugar, lejos de los ruidos de la gran urbe, donde se encuentran las calles Bogotá y San Nicolás, esquina sudeste, se levantaba una construcción de material, revocada imitación piedra, consistente en un pequeño salón de unos cuatro metros de ancho por ocho de largo, el que se comunicaba con una habitación algo más pequeña, destinada a reuniones de la comisión administrativa, del centro socialista de la circunscripción primera, Vélez Sársfield. La plaza que lleva ese nombre dista apenas una cuadra del lugar.

El salón estaba destinado a la realización de asambleas y actos culturales-doctrinarios organizados por la comisión de cultura y la juventud socialista "Elevación", que funcionaba anexa a la agrupación partidaria. El mobiliario era no sólo modesto sino informal pues se había reunido en base a los aportes de los afiliados y simpatizantes que, como suele ocurrir en estos casos, cada uno se había desprendido de lo más usado, es decir los elegidos para los reemplazos impuestos por el desgaste del uso continuado o la moda. Bancos de madera largos, unas pocas sillas de Viena, una mesa presidiendo el ambiente y un mueble de tres cuerpos destinado a anaquel en el cual el bibliotecario acondicionaba los libros que los compañeros, después de haberlos leído, aportaban para la formación de un haber bibliográfico al alcance de quien se interesara por ellos. En la pared de enfrente lucían tres grandes retratos: uno de Carlos Marx en el centro, flanqueado por Federico Engels y Edmundo D'Amicis con una bandera roja uniendo el pensamiento de los dos primeros y la ensoñación romántica del último.

* Recuerdos de Arsenio Armagno, miembro de la Comisión Administrativa del centro en 1917.

Más de uno debió haber pensado seguramente que la presencia del autor del lacrimógeno "Corazón" se debía a su libro "Lecturas para un 1º de Mayo", que traducido a nuestra lengua y publicado por la Sociedad Luz circulaba profusamente. Pero los más eran contestes sobre todas las cosas que el homenaje respondía a un reconocimiento de la dura lucha enfrentada en Italia por la agrupación liderada por Turati de la cual se había escindido un muchachito delgado, maestro de escuela, llamado Benito Mussolini que declaraba haber abandonado las filas del partido que lo ungiera diputado para cumplir una campaña de oposición a la eminente entrada del país en la guerra que seguía sembrando devastaciones y muertes en Europa.

A pocos metros del lugar, sobre la arteria citada en primer término, acera de la numeración impar, una gran chapa de bronce anunciaba el domicilio del abogado Custodio Maturana, socio del estudio del legislador Antonio De Tomaso quien, pese a no pertenecer al centro cercano, concurría al local con asiduidad dando así vida a interesantes cambios de ideas acerca de los problemas que preocupaban en ese momento. El citado profesional, por distintos motivos, contaba con una fuente de informaciones mucho más rica que el resto de los militantes, casi todos obreros manuales y cuyo mundo no superaba los límites de los talleres. A Maturana se le atribuyó la idea generatriz de distinguir la biblioteca en formación con el nombre de Carolina Muzilli, cuyo fallecimiento acongojara a los muchos seguidores de su permanente accionar para la difusión del ideario de Juan B. Justo.

La asamblea, realizada en una noche templada del mes de noviembre de 1917, contó con la asistencia de un número mayor que el común para estos eventos. Las noticias de los acontecimientos que jugaban el futuro de la Rusia zarista y en la que muchos creían vivir los prolegómenos de otro mundo enfervorizaba por igual a obreros e intelectuales, los últimos con José Ingenieros, Aníbal Ponce y Enrique Del Valle Iberlucea a la cabeza. Elegido presidente para la dirección de los debates el ciudadano José Gago, antes de procederse a la lectura del acta de la asamblea anterior, expresó que no podía sino producir regocijo la forma como se estaban desarrollando los sucesos en Rusia pese, a los inconvenientes surgidos, algunos muy graves, aun teniendo en cuenta las exageraciones de las fuentes interesadas en no apurar los sucesos a la espera del final de la guerra, ya que con las manos libres los ejércitos de las grandes potencias capitalistas estarían en condiciones de aplastar lo que ellos llaman ansias de libertad anarquista, animada por los revolucionarios moscovitas. La otra nueva estaba reaccionada con Carolina Muzilli cuyo recuerdo parece

avivarse día a día como lo demuestra *La Vanguardia* al seguir publicando noticias de memoraciones y homenajes a su memoria. El de la fecha pertenece al centro de Villa Ballester que ha resuelto poner su nombre a la biblioteca adelantando que entre los puntos a considerar, existe una iniciativa de la comisión aconsejando adoptar igual temperamento con la nuestra.

Llegado el momento pidió la palabra el secretario general Leoncio S. M. Deodat, cuyo primer libro "Vidas humildes", aparecido en esos días, había sido justamente celebrado. Dijo que no abundaría en mayores razones ya que la personalidad de la "luchadora de la causa de los desheredados" era lo suficientemente conocida y estimada por todos los socialistas tanto que ninguno podría dudar en el momento de votar la propuesta. Alguién acotó que habiendo varias bibliotecas con esa denominación quizá podría crear alguna confusión, opinión que replicó otro asambleísta con esta pregunta: ¿Le molesta a usted la presencia de una fotografía de Carlos Marx en la mayoría de nuestros locales? La demanda no fue contestada. Era unánime la idea que debía votarse, pero Deodat retomó el uso de la palabra para decir:

—Me van a perdonar compañeros que les hable como pienso hacerlo. Yo creo que muchos opinan de Carolina Muzilli sin tener en cuenta sus verdaderos valores. Hablando con gente culta, de ideas afines a las nuestras, ante las expresiones de dolor que ha provocado su prematuro fallecimiento, me han preguntado acerca de ¿qué había hecho esta jovencita para que los periódicos se ocupen tanto de ella y la gente la sienta como la siente? Cuando les he acotado algunas de las manifestaciones de su voluntad de darse sin medida a sus ideas, me han mirado como pidiendo disculpas por ignorar tanto. Este humilde homenaje, que seguramente todos votaremos como uno. Por aclamación, interrumpió uno de los presentes sentado en el banco junto a la puerta esquinera. Bien, que sea por aclamación, concluyó el orador.

De inmediato la unanimidad ratificó la propuesta. Desde ese momento la humilde biblioteca llevaba el nombre de la también humilde, pero dinámica e incansable propagandista Carolina Muzilli.

El centro tuvo que mudarse algunos años después a una sala de la calle Candelaria a pocos pasos de Rivadavia. El mueble de la biblioteca no era el del principio, ya que la familia Samberg acongojada por la desaparición de su hermano José, hizo donación de un anaquel de varios cuerpos construido especialmente. De aquí pasó a la avenida Juan Bautista Alberdi, con una nueva denominación: 1ª Floresta.

Las sucesivas divisiones empequeñecieron el número de afiliados hasta que, deseando subsistir de alguna

manera, se acordó una fusión que en realidad era una simple suma, con el vigoroso "Verdad y Trabajo" de los pagos de Mataderos.

Aquí finalizaron nuestros rastreos ya que impelidos por los acontecimientos que conmovieron al país durante décadas, "Verdad y Trabajo" tampoco pudo aguantar un accionar que lo obligaba a enfrentarse con fuerzas desiguales. Tuvo que desaparecer, se fue sin dejar las señas del lugar donde deben estar depositados los muebles y libros y, seguramente, en buen recaudo el gran retrato de Carolina Muzilli que durante años acompañó a los ya citados propulsores del socialismo.

XVI

UN AÑO DESPUES

Pocos días antes del arribo de la fragata Sarmiento portando los restos de Bernardo Monteagudo —15 de febrero de 1918— comienza la prensa a insistir en el nombre de Carolina Muzilli de cuyo fallecimiento se cumple un año. Refiriéndose a ella, un diario de gran predicamento, la llama "bello espíritu". Centros partidarios y bibliotecas populares coinciden en la organización de dos actos: El primero en su tumba de la Recoleta —amaneció materialmente cubierta de flores la mañana del domingo 24 de marzo—; el otro, un funeral cívico realizado el martes 26 del mismo mes, a las 8.30, en el salón Giuseppe Garibaldi de la calle Sarmiento 2419.

A las diez comenzaron a llegar nutridas delegaciones de entidades políticas y culturales a las cuales la extinta prestara su colaboración, como siempre tan entusiasta como desinteresada. Igualmente cabe hacer constar que sumaron centenares las adhesiones personales recibidas de muchas de las cuales —las consideradas más importantes o significativas— informó el señor E. Pierini, quien tuvo a su cargo la misión de pronunciar las palabras iniciales en nombre de los organizadores.

La doctora Ernestina López de Nelson —que ocupó seguidamente la tribuna— dijo, entre otras cosas, que "Carolina Muzilli fue una mujer tan poco común que no hay que sorprenderse de que haya sido igualmente tan poco comprendida. Hinchida de ideales que no son desgraciadamente los de estos tiempos, se obstinó en guardar su puesto en la atalaya desde donde se contempla un futuro mejor para la condición humana y las pocas veces que la abandonó fue para bajar a empararse en la realidad de la que la vida diaria se alimenta. Por esto, aunque soñadora, no divagó jamás, y, aunque

idealista, nunca perdió de vista el lado práctico y concreto de los problemas que la enamoraron".

Después habló el señor Emilio Zucarini. Lo hizo en representación de la colectividad italiana afirmando que era muy grande el vacío dejado por la ausencia definitiva de la batalladora creadora de *Tribuna Femenina*. Hizo mención de su discurso pronunciado el 20 de setiembre dos años atrás, en el que abogó acerca de la laicidad de Roma proclamando fervorosamente su voto de apoyo en pro del triunfo de los ideales sociales que unían a todos los progresistas y que ella aspiraba ver establecidos definitivamente, para felicidad de los hijos de la patria del Dante.

Antonio Polito fue el tercer orador. Participó por mandato de la Biblioteca y Centro Cultural Agustín Alvarez. Comenzó recordando con voz que la emoción hacía apenas audible, la tarde del día que la visitara en casa de sus padres, para solicitarle ayuda destinada a la entidad regida por la luz del elevado pensamiento del maestro que lleva su nombre. Para conversar acotó, ella debió abandonar la máquina de coser, aun cuando la charla le robaba tiempo a su tarea, tuvo la sensación de ser escuchado no sólo con atención sino, también, con simpatía. El diálogo finalizó con la promesa de sumar sus energías pese a que no podían ser muchas —ya la enfermedad estaba haciendo estragos en su débil, muy débil organismo—. Desde ese instante la suma de su actividad ilimitada favoreció grandemente los planes de los animadores, no sólo adquirimos la sensación de poder contar con un respaldo de valor extraordinario sino que nos abrió la posibilidad de contemplar el bosque que nos impedía ver el follaje del árbol reverdecido en el primer plano.

Otros disertantes fueron el doctor Antonio Casacuberta que habló por el Ateneo Popular y los delegados del Comité Carolina Muzilli.

José Muzilli, hermano y amigo entrañable de Carolina, hombre de letras, autor de un libro de versos intitulado "La luna campesina", agradeció las palabras de los oradores con conceptos que conmovieron al numeroso concurso. Oportunidades hubo que tuvo que interrumpir su improvisación por las lágrimas, preanuncio de llanto. Un tanto repuesto finalizó leyendo "Responso a mi hermana muerta", poema que dice:

Santa Carolina de los niños pobres
que visten harapos, juegan a los cobres
y llevan los estigmas de la perdición,
yo recuerdo cómo tu corazoncito
vibraba de pena por el pobrecito,
que no tiene casa, ni tiene perdón.

Yo recuerdo cómo, dulce hermana mía,
se llenaba tu alma de melancolía
cuando visitaban el doliente lar
de la muchedumbre que trabaja y gime
y en la noche suave que el cuerpo redime
sólo encuentra el suelo para descansar.

Yo recuerdo cómo, maternal y buena,
tu manita blanca, débil y serena,
con dulces caricias mitigaba el mal...
(Así San Francisco cuando fue hacia el lobo
para que no hiciera más cruento robo
llamándolo "hermano" con voz fraternal).

Para los vencidos de dolores llenos
lágrimas tenían tus ojos morenos,
palabras cordiales tus labios de miel,
ensalmos divinos tus manos de plata
y el corazón una rosa escarlata
que asomaba siempre con aroma fiel.

Santa Carolina de la gente triste,
en tu buena andanza cuántas cosas viste
que dicen que el hombre viene del chacal...
en brazos del malo la santa inocencia...
Y dolor horrible la honesta conciencia
que se bate sola contra el vendaval.

Al cubil infecto de los más vencidos,
de los mendicantes y los podreídos,
has entrado como un rayo de sol,
y has dejado siempre la palabra buena,
blanca de una mística azucena
entre las miserias del infecto estol.

No tuviste asco alguno del leproso,
Tu desprecio era para el poderoso
que fuera en el pobre su razón de ser,
y a tu gesto de odio le sirvió de ejemplo
el que tuvo Cristo para echar del templo
con gesto colérico al vil mercader.

Por esto el puñal de aquel que malsina
Pretendió herir tu alma divina
y el can de la envidia te quiso morder...
(Perdonados sean esos enemigos
que de su obra sólo dejan por testigos
la daga y la baba, su cabal haber).

Era tu fe pura y noble, fervorosa,
con el misticismo de una roja rosa
que arde entre las sombras, de sacro ideal,

y si esa fe no era la fe del que reza
tenía la misma divina pureza
de Santa Teresa, la santa inmortal.

Santa Carolina de la pobre gente
que cruzaste el mundo tan humildemente
como tu hermanito que vivió en Asís,
llevando en el pecho lleno de bondades
la rosa escarlata de tus caridades
y una flor de lis.

Porque fuiste buena como la azucena
y pensando siempre en la suerte ajena
no cuidaste nunca tu propia salud,
porque a más de uno lo salvó tu mano,
porque a más de uno lo elevó del llano,
porque a más de uno le evitó el alud.

Santa Carolina de los niños pobres
que visten harapos, juegan a los cobres,
y llevan los estigmas de la perdición,
yo abato en féretro mi frente azarosa
y húmeda de lágrimas, te dejo la rosa
de mi corazón.

El tocante acto se clausuró con este anuncio: se hallaba en prensa *Por la salud de la raza*, libro que condensaba la labor de la luchadora y, dada las dificultades que presentaba su financiación, se rogaba la colaboración de quienes desearan adherirse. Se dijo más, José Gorgina tesorero de la comisión encargada del libro y del funeral cívico, a realizarse el martes 26, era el autorizado para recibir los donativos en Estados Unidos 2054.

Muchos diarios metropolitanos se hicieron eco, además de *La Vanguardia*, de esta multitudinaria recordación.

Funeral cívico

La Vanguardia del 8 de abril de 1918 publica el programa a cumplirse en el funeral laico que consta de las siguientes partes: 1º) Marcha fúnebre, por el señor Rosenthal; 2º) Apertura, disertación en nombre del Comité de Homenaje a cargo del señor Gregorio Bermann; 3º) Apología, por el diputado nacional Francisco Cúneo; 4º) Aria, Bach, por el violinista Andrés Caro; 5º) Disertación, por el doctor Francisco P. Sunico; 6º) Poesía dedicada a la extinta por la poetisa señorita Alfonsina Storni, recitada por la misma; 7º) Momento musical, Schubert (violín); 8º) Disertación

por el ciudadano Carlos Mauri; 9º) Disertación sobre el trabajo de la mujer y el niño, por la señorita Amalia Cufre; 10º) "Oriental", violín, César Cufre; 11º) Disertación por el ciudadano José Muzilli. La entrada es libre.

El Centro de la sección 12, aparece en otra noticia invitando a sus afiliados a reunirse a las 8.30 en el local del Comité Ejecutivo Nacional, Rivadavia 2089, para concurrir de allí en corporación al local donde se celebrará el funeral de homenaje a la ex afiliada de ese Centro, Carolina Muzilli.

El diario *La Prensa* del 24 de marzo de 1918, informa:

En el cementerio de la Recoleta se realizó por la mañana un acto de homenaje a la memoria de Carolina Muzilli. En la tumba que guarda sus restos se colocó una corona de flores. Hicieron uso de la palabra la doctora Ernestina López de Nelson y los señores Antonio Polito, Antonio Casacuberta y E. Zuccarini y un delegado del Centro "Carolina Muzilli" de Villa Ballester, todos los cuales elogiaron altamente la labor realizada por la extinta en la cátedra sociológica, en la literatura y el periodismo.

XVII

UNA CALLE LLEVA SU NOMBRE

En la sesión realizada a mediados del mes de diciembre de 1933, el Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires aprobó por unanimidad imponer el nombre de Carolina Muzilli, a la vía pública que va de Araujo a Larrazábal entre Manuel Artigas y Zequeiras. La iniciativa suscripta por los concejales Fernando J. Ghío, José Marotta y Pedro González Porcel, pertenecientes al bloque socialista, estaba fundamentado así: "Carolina Muzilli nació en nuestra ciudad el 17 de noviembre de 1889.

Hija de un hogar modestísimo, su propio esfuerzo logró colocarla en los puestos de los escritores y pensadores argentinos.

Su vida fue breve e intensa, diríamos una vibración fugaz. Hubo en ella una constante defensora de la mujer y el niño, una divulgadora infatigable y de ideales nobles que escribió grandes conceptos sencillamente y habló con persuasión y eficacia.

Aquel periódico *Tribuna Femenina*, un ejemplo de sacrificio inenarrable, hijo de su pasión por la causa de la justicia, fue el vocero brioso de la mujer obrera en horas hostiles en que poseer un espíritu emancipado representaba clausurar las puertas.

Un biógrafo ha hecho la síntesis de su vida en esta forma:

En 1910 concurrió al Congreso de las Universidades Argentinas donde se destacó por los hábitos y principios que sostuvo.

Colaboró con eficacia en la organización de los congresos del niño. Al primero, realizado en 1913, presentó tres trabajos cuya sola enunciación revela la importancia de los mismos. Ellos están referidos a "La madre y el menor obrero", "El trabajo de las mujeres y los ni-

ños" y "Alcoholismo". Todos ellos acompañados de diagramas y fotografías.

El comité ejecutivo de ese congreso le otorgó un diploma de honor. El mismo año presentó a la exposición de Gantes (Bélgica) un estudio titulado "El trabajo femenino", que fue premiado con diploma y medalla de plata por la sección de Economía Social. Otra de sus contribuciones "El Trabajo de las mujeres y los niños en nuestro país" con documentaciones, estadísticas y diagramas, fue premiado con diploma y medalla de plata en la exposición de San Francisco de California. En el segundo Congreso del Niño, realizado en 1916, su obra fue de señalada significación.

Presentó tres trabajos de índole eminentemente social, cuyas conclusiones humanitarias y patrióticas deberían aplicarse en bien de la República: "Alimentación deficiente, fatiga, mal alojamiento ambiente de las fábricas", "¿Por qué el trabajo de los niños no beneficia a la sociedad ni económica ni moralmente?"; "La mortalidad infantil como elemento de bancarrota social".

Publicó en diarios, revistas y folletos.

Muchas veces la vimos a la hora en que se abandona la fábrica arengando a los obreros a los que señalaba la importancia de su propio valer en el concierto humano, quitando las asperezas de los espíritus hoscos, propagando el respeto mutuo en las relaciones de la familia y la sociedad, subrayando los peligros del alcohol y del juego.

El mal que tanto combatió, la tuberculosis, hizo presa de ella. El 23 de marzo de 1917, en Biale Massé, Córdoba, deja de existir esta hermana del proletariado argentino, al que había dedicado la ofrenda de sus obras y de su acción.

Por sus méritos, pedimos para una calle de la ciudad el nombre de esta gran mujer."

La ordenanza fue promulgada el 28 de diciembre de 1933. Lleva el número 5.505.

Este reconocimiento oficial de la ciudad que la vio nacer y a la que dedicó todos sus esfuerzos por mejorar la condición de vida de un vasto sector de su población, no contó con la simpatía de algunos socialistas independientes, sus representantes en el alto cuerpo votaron el proyecto sin objeción alguna, pero su vocero oficial, *Libertad*, edición del 19 de abril de 1935, aparece en recuadro a dos columnas y en negrita, un comentario que suscribe Grogan, el que dice:

"—¿Qué cosa rara ha influido sobre esa gente para que ahora venga a rendir un homenaje municipal a la valiente y laboriosa muchacha que se llamó Carolina Muzilli?"

Estoy de acuerdo con lo que alguna vez escribió el doctor Justo: "Todas las cuestiones son cuestiones de

partido". Pero eso —el mismo doctor Justo sería capaz de reconocerlo— porque practicaba una probidad intelectual indiscutible.

Seguramente salió con un arrepentimiento tardío, casi inexplicable en la Casa del Peblo, podría explicarse eso de que una vía pública lleve el nombre de una ciudadana cuyo nombre muy poca cosa puede decir a los que no la conocen.

Valía más que el recuerdo de Carolina quedara en el corazón y en la mente de los que supieron ser sus buenos compañeros, y no en un triste callejón de la ciudad, donde habrá siempre un mal informado que se pregunte: ¿y quién era la gringa ésta? Sin que haya un hombre capacitado para explicárselo... Será la consecuencia de querer hacer de todas las cuestiones, cuestiones de partido. Porque, fuera de los partidos también hay gente que piensa y siente."

Estos conceptos sólo reflejan, a nuestro criterio, las amarguras provocadas por la división de 1927, que encabezó Antonio De Tomaso, ministro de Agricultura del presidente general Agustín P. Justo.

En el "Diccionario de las calles de Buenos Aires" del doctor Miguel Lusem, edición 1971, del Departamento Editorial del Instituto Rioplatense de Ciencias, Letras y Artes (IRCLA S.A.) se lee:

Muzilli Carolina (1889-1917): Periodista y afiliada socialista, que practicó por rara coincidencia, los principios enunciados más arriba sobre el mutualismo. Editó una revista y fue inspectora del Departamento Nacional de Higiene, en 1915. Los principios enunciados sobre mutualismo dicen: "Solidaridad humana que se basa en los servicios o socorros mutuos que se prestan las personas en casos de enfermedad o penurias económicas".

INDICE

Una muchacha llamada Carolina Muzilli	7
I. Haceres de una luchadora	9
II. Por la riqueza física y mental del pueblo	23
III. El trabajo femenino	27
IV. Por la salud de la raza	32
V. Otras publicaciones	37
VI. La otra Argentina	45
VII. Los sucesos del Centenario	56
VIII. Carolina Muzilli y el teatro	60
IX. Otra inquietud: el divorcio	64
X. Hablan sus contemporáneos	69
XI. Ideario de una luchadora	77
XII. Mutis de Carolina Muzilli	83
XIII. Exequias de Carolina	88
XIV. Una esquila de Carolina	91
XV. Una biblioteca en Vélez Sarsfield	93
XVI. Un año después	97
XVII. Una calle lleva su nombre	102
Apéndice documental	106